

EL MATRIMONIO Y LA CONCUPISCENCIA

Traductores: Teodoro C. Madrid, OAR y Antonio Sánchez Carazo OAR

LIBRO PRIMERO

EL MATRIMONIO CRISTIANO

Argumento del libro

I. 1. Queridísimo hijo Valerio: Los nuevos herejes, enemigos de la medicina de Cristo para los niños nacidos según la carne, medicina que sana los pecados, van gritando con rabia que yo condeno el matrimonio y la obra divina por la que Dios crea de hombres y mujeres a los hombres. Y esto porque he dicho que los que nacen de tal unión contraen el pecado original, del que el Apóstol dice: *Lo mismo que por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así se propagó a todos los hombres, en quien todos pecaron*¹. Y además porque admito que los que nacen, cualesquiera que sean sus padres, estarían siempre bajo el dominio del diablo si no renacen en Cristo, para que, sacados por su gracia del dominio de las tinieblas, sean trasladados al reino de aquel² que no quiso nacer de la misma unión de los dos sexos.

Porque afirmo esto, que contiene la antiquísima y firmísima regla de fe católica, estos defensores de una doctrina nueva y perversa -los cuales dicen que en los niños no existe ningún pecado que deba ser lavado con el baño de la regeneración- me calumnian desleal o ignorantemente, como si yo condenase el matrimonio y como si defendiese que la obra de Dios, es decir, el hombre que nace de ella, fuese obra del diablo. Y no se dan cuenta de que el bien del matrimonio no puede ser culpado de este modo por el mal original contraído de él, como el mal de los adulterios y de las fornicaciones no puede ser excusado por el bien natural que nace de aquí. Pues así como el pecado que los niños contraen de esta unión o de la otra es obra del diablo, del mismo modo, el hombre, ya nazca de esta unión o de la otra, es obra de Dios.

Así, pues, la intención de este libro es ésta: distinguir, en cuanto Dios se digne ayudarnos, la bondad del matrimonio del mal de la concupiscencia carnal, por el cual el hombre, que nace por ella, arrastra el pecado original. Esta vergonzosa concupiscencia, de hecho, ¡tan desvergonzadamente alabada por los desvergonzados!, no existiría jamás si el hombre no hubiera pecado antes; pero el matrimonio existiría igualmente aunque nadie hubiera pecado. Ciertamente, se haría sin esta enfermedad la generación de los hijos en aquel cuerpo de vida, sin la cual (enfermedad) no puede realizarse ahora (la generación) en este cuerpo de muerte³.

Dedicatoria al conde Valerio

II. 2. Son tres las causas principales -las señalaré brevemente- por las que he querido escribirte de modo especial a ti sobre este tema. La primera, porque tú, con la ayuda de Cristo, observas de modo insigne la castidad conyugal. La segunda, porque, reaccionando y apremiando con autoridad, te has enfrentado eficazmente a estas novedades sacrílegas a las que yo me enfrento aquí con esta disertación. La tercera, porque me he enterado de que ha llegado a tus manos una obra escrita por ellos; pues, aunque te reirás en tu robustísima fe, sin embargo, es bueno que, para sostener lo que creemos, sepamos defenderlo. Por esto, el apóstol Pedro nos manda estar preparados *para dar razón de nuestra fe y nuestra esperanza a todo el que nos la pidiere*⁴; y el apóstol Pablo dice: *Vuestra palabra sea condimentada con la sal en la gracia, de modo que sepáis cómo os conviene responder a cada uno*⁵.

Estos son los motivos que me han empujado a tener contigo estas palabras, en cuanto el Señor me lo conceda, en el volumen que tienes en las manos. De veras que a mí nunca me ha gustado empujar a leer alguno de mis opúsculos a ningún varón ilustre y conspicuo, por un puesto tan alto como el que tienes tú, cuando no me lo ha pedido. Esto no sería juicioso, sino más bien imprudente, ya que aún no goza de la tranquilidad gloriosa; al contrario, está todavía ocupado en cargos públicos e incluso militares. Por tanto, si ahora hago algo de esto por los motivos antes señalados, ten la cortesía de perdonarme y la bondad de prestar atención a lo que sigue a continuación.

Primera parte

La santidad del matrimonio cristiano

A) El matrimonio es esencialmente bueno

Tanto la castidad conyugal como la virginidad es don de Dios

III. 3. El bienaventurado apóstol Pablo muestra que la castidad conyugal es un don de Dios cuando, hablando sobre ella, dice: *Quiero que todos los hombres fuesen como yo, pero cada uno ha recibido de Dios su propio don: uno de este modo, otro de otro*⁶. Así, pues, afirmó que también este don proviene de Dios. Y, aunque sea inferior a la continencia, en la que habría deseado que todos estuvieran como él, sin embargo, es un don de Dios. De aquí comprendemos, cuando se aconseja que se hagan estas cosas, que solamente se da a entender la necesidad de que exista en nosotros la voluntad propia de recibirlas y conservarlas. Ciertamente, cuando se ve que son dones de Dios -al que se han de pedir, si no se tienen, y al que se ha de agradecer, si se poseen-, uno se da cuenta de que, sin la ayuda divina, nuestra voluntad tiene poca fuerza para desear, conseguir y conservar estas cosas.

En los infieles

4. Pero ¿qué decir cuando se encuentra también en algunos infieles la

castidad conyugal? ¿Afirmaremos que pecan porque usan mal del don de Dios, ya que no lo encaminan al culto de quien lo han recibido? ¿O hemos de negar, más bien, que estas cosas, cuando las realizan los infieles, sean dones de Dios, según la sentencia del Apóstol: *Todo lo que no proviene de la fe es pecado*?⁷ Sin embargo, ¿quién se atreverá a decir que un don de Dios es pecado? Pues el alma y el cuerpo y todas las cosas buenas que el alma y el cuerpo poseen de forma natural, incluso en los pecadores, son dones de Dios, porque ha sido Dios quien las ha hecho, no ellos. Por tanto, es a propósito de sus actos por lo que se ha dicho: *Todo lo que no proviene de la fe es pecado*⁸. Luego, cuando los hombres sin fe llevan a cabo estas cosas que parecen pertenecer a la castidad conyugal, no es que embriden los pecados, sino que vencen unos pecados con otros. En efecto, o bien las buscan para agradar a los hombres -a ellos mismos o a otros-, o para evitar las molestias humanas que proporcionan estas cosas deseadas desordenadamente, o bien porque sirven a los demonios. Por tanto, que a nadie se le ocurra llamar sinceramente virtuoso al que guarda la fidelidad conyugal a su esposa sin tener por motivo al Dios verdadero.

En los infieles

IV. 5. Así, pues, la unión del hombre y la mujer, causa de la generación, constituye el bien natural del matrimonio. Pero usa mal de este bien quien usa de él como las bestias, de modo que su intención se encuentra en la voluntad de la pasión y no en la voluntad de la procreación. Aunque en algunos animales privados de razón -por ejemplo, en la mayor parte de los pájaros- también se observa como un cierto pacto conyugal; así, el ingenio de construir los nidos, el tiempo dividido en turnos para incubar los huevos y los trabajos sucesivos de alimentar los polluelos hacen ver que al juntarse se preocupan más por asegurar la especie que de saciar el placer. De estas dos cosas, la primera hace al animal semejante al hombre; la segunda, al hombre semejante al animal.

Pero esto que indiqué como propio de la naturaleza del matrimonio, que el hombre y la mujer se unen en sociedad para engendrar -de este modo eviten todo fraude entre ellos, lo mismo que cualquier sociedad rechaza al miembro desleal⁹-, esto es un bien patente; sin embargo, cuando lo tienen los infieles, lo convierten en mal y pecado, pues lo usan sin fe. Del mismo modo, también a la concupiscencia de la carne, por la que *la carne lucha contra el espíritu*¹⁰, el matrimonio de los fieles la convierte en fruto de rectitud. En efecto, se tiene la intención de engendrar para que sean regenerados, es decir, para que los que nacen hijos de este mundo renazcan hijos de Dios.

Por tanto, los infieles que no engendran los hijos con esta intención, con esta voluntad y con este fin, a saber, que de miembros del primer hombre se transformen en miembros de Cristo, sino que, por el contrario, se enorgullecen de su descendencia infiel, éstos no poseen la verdadera pureza conyugal por más que su respeto por el contrato matrimonial sea grande,

hasta el punto de no tener relaciones sino con el fin de procrear hijos. Pues como la pureza es una virtud, a la que se opone el vicio de la impureza, y todas las virtudes residen en el alma, incluso las que obran por medio del cuerpo, ¿cómo se puede reivindicar con todo derecho un cuerpo puro cuando la misma alma fornicaba del verdadero Dios? El santo salmo denuncia esta fornicación cuando dice: *Ciertamente, los que se alejan de ti perecerán; tú has hecho perecer a todo aquel que fornicaba de ti* ¹¹. Así, pues, no se ha de llamar verdadera pureza, ya sea conyugal, viudal o virginal, sino a aquella que está al servicio de la verdadera fe. Con toda razón se prefiere la virginidad consagrada al matrimonio; pero ¿qué cristiano con sentido común no antepone las cristianas católicas casadas una sola vez no sólo a las vestales, sino también a las vírgenes heréticas? Así de grande es el valor de la fe, de la que el Apóstol dice: *Todo lo que no proviene de la fe es pecado* ¹²; y de la que, igualmente, escribió a los Hebreos: *Sin la fe es imposible agradar a Dios* ¹³.

En Adán y Eva

V. 6. Siendo las cosas así, evidentemente yerran los que piensan que se condena el matrimonio cuando se reprueba la pasión carnal, como si este mal viniera del matrimonio y no del pecado. ¿Acaso no dijo Dios a los primeros cónyuges, cuyo matrimonio bendijo, *creced y multiplicaos*? ¹⁴ *Estaban desnudos y no se avergonzaban* ¹⁵. ¿Por qué, pues, después del pecado nace de aquellos miembros la confusión sino porque se produjo allí un movimiento deshonesto, que, sin duda, no lo padecería el matrimonio de no haber pecado el hombre? ¿Es posible, como piensan algunos por no prestar suficiente atención a lo que leen, que al principio los hombres fueron creados ciegos como los perros y, lo que es aún más absurdo, no adquirieron la vista al crecer, como ocurre con los perros, sino al pecar?

¡Lejos de nosotros creer tal cosa! Mas lo que les empuja a defenderlo son estas palabras: *Tomando de su fruto, comió, dio a su marido, que estaba con ella, y comieron. Los ojos de ambos se abrieron, y se dieron cuenta de que estaban desnudos* ¹⁶. De aquí, los poco inteligentes deducen que antes tenían cerrados los ojos, ya que la divina Escritura atestigua que entonces les fueron abiertos. Pero ¿es que Agar, sierva de Sara, los tenía también cerrados, ya que, cuando su hijo estaba sediento y llorando, abrió los ojos y vio el pozo? ¿O tenían los ojos cerrados aquellos dos discípulos que después de la resurrección del Señor iban con él por el camino, porque el Evangelio dice que en la fracción del pan se *abrieron sus ojos y le reconocieron*? ¹⁷ En cuanto a los primeros hombres, que *se abrieron los ojos de ambos* ¹⁸, debemos entender esto como que cayeron en la cuenta de lo extraordinario que había sucedido en sus cuerpos; pues, sin duda, el cuerpo aparecía diariamente a sus ojos abiertos desnudo y familiar.

Además, ¿cómo podría Adán, con los ojos cerrados, imponer el nombre a los

animales terrestres y a todas las aves que le fueron presentados? Esto no se puede hacer si no se discierne, y no se puede discernir si no se ve. Finalmente, ¿de qué modo le fue mostrada la misma mujer cuando dijo: *Esto sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne?* ¹⁹

En fin, si todavía alguno se obstina en decir que el primer hombre no podía ver estas cosas, sino solamente palparlas, ¿qué dirá cuando se lee allí mismo que *la mujer vio qué hermoso era a la vista* ²⁰ *el árbol del que iba a tomar el fruto prohibido? Estaban, pues, desnudos y no se avergonzaban* ²¹; no porque no viesen, sino porque no percibían motivo alguno de vergüenza en los miembros que veían. Además, no se ha dicho: "Estaban los dos desnudos" y lo ignoraban, sino: *No se avergonzaban*. En efecto, todavía no había sucedido nada que fuera ilícito, y no existía ninguna razón para avergonzarse.

La desobediencia de la carne, consecuencia de la desobediencia a Dios

VI. 7. Desde el momento en que el hombre transgredió la ley de Dios, comenzó a tener en sus miembros una ley opuesta a su espíritu; y percibió el mal de su desobediencia ²² después que descubrió la desobediencia de su carne, retribuida con todo merecimiento. Y, de hecho, la serpiente prometió ²³, al seducir, tal apertura de los ojos, evidentemente, para conocer algo que era mejor no saber. Entonces, sin duda, el hombre sintió en sí mismo lo que había hecho; entonces distinguió el mal del bien, por sufrirlo, no por no tenerlo. Pues era injusto que fuera obedecido por su siervo, es decir, por su cuerpo, el que no había obedecido a su Señor.

Pero ¿cómo es que, cuando tenemos el cuerpo libre y sano de impedimentos, se tiene poder para mover y realizar las funciones propias de los ojos, labios, lengua, manos, pies, espalda, cuello y caderas, y, sin embargo, cuando se trata de engendrar hijos, los miembros creados para esta función no se someten a la inclinación de la voluntad? Por el contrario, se espera que los mueva esta pasión, en cierto modo autónoma; aunque a veces no lo haga, teniendo el espíritu predispuesto, y otras lo realice, sin que el espíritu lo desee. ¿No deberá avergonzarse por esto el libre arbitrio del hombre, ya que ha perdido el dominio incluso sobre sus miembros al despreciar lo que Dios manda? ¿Y dónde se puede mostrar con más exactitud que la naturaleza humana se ha depravado a causa de la desobediencia que en estos miembros desobedientes, por los que la misma naturaleza subsiste por sucesión? Por este motivo, estos miembros son denominados, con toda propiedad, con el nombre de órganos naturales. Y cuando los primeros hombres advirtieron en su carne este movimiento indecoroso, por desobedientes, y se avergonzaron de su desnudez, cubrieron dichos miembros con hojas de higuera ²⁴. Así, por lo menos fue tapado libremente por el pudor lo que se excitaba sin el consentimiento de la voluntad; y, como era causa de vergüenza el placer indecoroso, se realizaría

ocultamente lo que era honroso.

La concupiscencia y el bien del matrimonio

VII. 8. Como ni siquiera con la entrada de este mal puede destruirse el bien del matrimonio, los ignorantes piensan que esto no es un mal, sino que es parte del bien del matrimonio. Sin embargo, se distingue no sólo con sutiles razonamientos, sino también con el comunísimo juicio natural, que aparece en los primeros hombres y se mantiene aún hoy en los casados; lo que hicieron después por la procreación es el bien del matrimonio, pero lo que antes cubrieron por vergüenza es el mal de la concupiscencia, que evita por todas partes la mirada y busca con pudor el secreto. En consecuencia, el matrimonio se puede gloriarse de conseguir un bien de este mal, pero se ha de sonrojar porque no puede realizarlo sin él. Por ejemplo, si alguien con un pie en malas condiciones alcanza un bien aunque sea cojeando, ni es mala la conquista por el mal de la cojera ni buena la cojera por el bien de la conquista. Igualmente, por el mal de la libido no debemos condenar el matrimonio, ni por el bien del matrimonio alabar la libido.

El matrimonio cristiano y el apóstol San Pablo

VIII. 9. Esta es, en efecto, la enfermedad de la que el Apóstol, hablando a los esposos cristianos, dice: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación: que os abstengáis de la fornicación, de modo que cada uno de vosotros sepa conservar su vaso en santidad y respeto, no en la maldad del deseo, como los gentiles, que no conocen a Dios*²⁵. Por tanto, el esposo cristiano no sólo no debe usar del vaso ajeno, lo que hacen aquellos que desean la mujer del prójimo, sino que sabe que incluso su propio vaso no es para poseerlo en la maldad de la concupiscencia carnal. Pero esto no ha de entenderse como si el Apóstol condenase la unión conyugal, es decir, la unión carnal lícita y buena. Quiere decir que esta unión, que no estaría contaminada de pasión morbosa si con un pecado precedente no hubiera perecido en ella el arbitrio de la libertad, ahora está contaminada por este pecado, no ya de forma voluntaria, sino inevitable. Con todo, sin la pasión morbosa no se puede llegar, en la procreación de los hijos, al fruto de la misma voluntad.

Esta voluntad en la unión de los cristianos no está determinada por el fin de dar vida a hijos para que pasen por este mundo, sino por el de que sean regenerados para que no se aparten de Cristo. Si consiguen esto, obtendrán del matrimonio la recompensa de la plena felicidad; si no lo consiguen, obtendrán la paz de la buena voluntad. El que posea su vaso, es decir, su esposa, con esta intención del corazón, sin duda que no la posee en *la maldad del deseo, como los gentiles, que no conocen a Dios, sino en santidad y respeto*²⁶, como los fieles, que esperan en Dios. En efecto, el hombre no es vencido por el mal de la concupiscencia, sino que usa de él cuando, ardiendo en deseos desordenados e indecorosos, la frena, y la sujeta, y la afloja para usarla pensando únicamente en la descendencia, para

engendrar carnalmente a los que han de ser regenerados espiritualmente, y no para someter el espíritu a la carne en una miserable servidumbre.

Explicación de la poligamia de los patriarcas

Ningún cristiano debe dudar de que los santos patriarcas, desde Abrahán y antes de Abrahán, de quienes Dios da testimonio de que le complacían, usaron así de sus esposas. Si a algunos de ellos se les permitió tener varias mujeres, se debió al deseo de aumentar la prole, no el de cambiar de placer.

La unidad del matrimonio

IX. 10. Pero si al Dios de nuestros padres, que es también Dios nuestro, no le hubiera desagradado la pluralidad de esposas, para que el placer se dilatase más abundantemente, también las santas mujeres podrían haber servido cada una a muchos maridos. Porque, si alguna lo hubiera hecho, ¿qué le habría empujado a tener diversos maridos sino la vergonzosa concupiscencia, ya que con esta licencia no habría tenido más hijos? Que al bien del matrimonio pertenezca la unión de un hombre con una mujer más que la de uno con muchas, lo indica suficientemente la primera unión conyugal instituida por Dios, para que de allí el matrimonio tome origen, donde se observa el ejemplo más honesto. Pero, al aumentar el género humano, algunas santas mujeres se unen a algunos varones santos de forma poligámica. De donde se concluye que la monogamia se acercaba más a la medida de la dignidad, mientras que la poligamia fue permitida por la necesidad de la fecundidad. Es más natural que el primer puesto sea ejercido por uno solo sobre muchos que por muchos sobre uno solo. Y no se puede dudar de que, en el orden natural, los hombres dominan a las mujeres más bien que las mujeres a los hombres. Lo declara el Apóstol cuando dice: *La cabeza de la mujer es el varón*²⁷; y: *Mujeres, someteos a vuestros maridos*²⁸. El apóstol Pedro dice: *Del mismo modo que Sara obedecía a Abrahán llamándolo señor*²⁹. Aunque esto sea así, es decir, que la naturaleza ame la singularidad del mando y prefiera la pluralidad de los súbditos, nunca habría sido lícita la unión poligámica si de ella no naciera un número mayor de hijos. Por lo cual, si una mujer se une a muchos hombres, al no aumentar por ello el número de hijos, sino sólo la abundancia del placer, será una meretriz, nunca una esposa.

La indisolubilidad del matrimonio

X 11. Ciertamente, a los esposos cristianos no se les recomienda sólo la fecundidad, cuyo fruto es la prole; ni sólo la pureza, cuyo vínculo es la fidelidad, sino también un cierto sacramento del matrimonio -por lo que dice el Apóstol: *Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia*³⁰. Sin duda, la res (virtud propia) del sacramento consiste en que el hombre y la mujer, unidos en matrimonio, perseveren unidos mientras vivan y que no sea lícita la separación de un cónyuge de otro, excepto por causa de fornicación³¹. De hecho, así sucede entre Cristo y la Iglesia, a saber,

viviendo uno unido al otro no los separa ningún divorcio por toda la eternidad. En tan gran estima se tiene este sacramento *en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo*³² -esto es, en la Iglesia de Cristo- por todos los esposos cristianos, que, sin duda, son miembros de Cristo, que, aunque las mujeres se unan a los hombres y los hombres a las mujeres con el fin de procrear hijos, no es lícito abandonar a la consorte estéril para unirse a otra fecunda. Si alguno hiciese esto, sería reo de adulterio; no ante la ley de este mundo, donde, mediante el repudio, está permitido realizar otro matrimonio con otro cónyuge -según el Señor, el santo Moisés se lo permitió a los israelitas *por la dureza de su corazón*-, pero sí lo es para la ley del Evangelio. Lo mismo sucede con la mujer que se casara con otro³³.

Hasta tal punto permanecen entre los esposos vivos los derechos del matrimonio una vez ratificados, que los cónyuges que se han separado el uno del otro siguen estando más unidos entre sí que con el que se han juntado posteriormente, pues no cometerían adulterio con otro si no permaneciesen unidos entre sí. A lo más, muerto el varón, con el que existía un auténtico matrimonio, podrá realizarse una verdadera unión con el que antes se vivía en adulterio. Por tanto, existe entre los cónyuges vivientes tal vínculo, que ni la separación ni la unión adúltera lo pueden romper. Pero permanece para el castigo del delito, no para el vínculo de la alianza, igual que el alma del apóstata, que se separa, por decirlo de alguna forma, del matrimonio con Cristo: por más que haya perdido la fe, no destruye el sacramento de la fe, que recibió con el baño de la regeneración. Sin duda, le sería devuelto al tornar, si lo hubiera perdido alejándose. Pero quien se haya separado lo tiene para aumento del suplicio, no para mérito del premio.

El matrimonio virginal de María y José

XI 12. Los que prefieren, por mutuo consentimiento, abstenerse para siempre del uso de la concupiscencia carnal, no rompen el vínculo conyugal; más aún, será tanto más firme cuanto más hayan sido estrechados entre ellos estos pactos, que deben ser guardados amorosa y concordemente; no con los lazos voluptuosos de sus cuerpos, sino con los afectos voluntarios de sus almas. En efecto, el ángel le dijo con toda propiedad a José: *No temas recibir a María, tu esposa*³⁴. Se llama esposa, antes del compromiso del desposorio, a la que no había conocido ni habría de conocer por unión carnal. No se destruyó ni se mantuvo de forma engañosa el título de esposa donde ni había existido ni existiría ninguna unión carnal. Pues, ciertamente, aquella virgen era más santa y más admirablemente agradable a su marido, porque incluso había sido fecundada sin el marido, superior a él por el Hijo, igual por la fidelidad. Por esto, por la fidelidad del matrimonio, merecieron ambos ser llamados padres de Cristo: no sólo ella es madre, sino que también él es padre, como esposo de la madre; una y otra cosa según el espíritu, no según la carne. Aunque el padre lo era sólo según el espíritu, y la madre según la carne y el espíritu, ambos eran padres de su humildad, no de

su grandeza; de su enfermedad no de su divinidad. Pues el Evangelio no miente cuando dice: *Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían de él.* Y en otro lugar: *Todos los años iban sus padres a Jerusalén;* y poco después: *Y le dijo su madre: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, preocupados, te hemos buscado"* ³⁵. Y él, para mostrar que tenía otro padre además de ellos, que lo había engendrado sin madre, les respondió: *"¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que debo preocuparme de las cosas de mi Padre?"* ³⁶ Y de nuevo, para que con estas palabras no pareciese que renegaba de sus padres, el evangelista añade a continuación: *Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. Él bajó con ellos y fue a Nazaret, y les estaba sometido* ³⁷. ¿Sometido a quiénes sino a los padres? Y ¿quién era el sometido sino Jesucristo, *el que, teniendo la forma de Dios, no consideró una rapiña ser igual a Dios?* ¿Por qué, pues, se sometió a aquellos que estaban muy por debajo de la forma de Dios sino porque *se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo* ³⁸, a la que pertenecían sus padres? Pero como ella dio a luz sin el concurso del marido, no habrían sido los dos padres de su condición de siervo de no haber existido entre ellos la unión conyugal aun sin la unión carnal. Por lo que, cuando se recuerdan los ascendientes de Cristo por orden de sucesión, la serie de las generaciones debía ser conducida ³⁹, más bien, hasta José, como así fue, para que en este matrimonio no sufriese menoscabo el sexo masculino, sin duda alguna superior, y sin que la verdad fuese quebrantada, ya que tanto José como María eran de la estirpe de David, de la que se predijo que nacería el Cristo.

Los tres bienes del matrimonio de María y José

13. Por tanto, todo el bien del matrimonio se encuentra colmado en los padres de Cristo: la prole, la fidelidad, el sacramento. La prole, conocemos al mismo Señor Jesús; la fidelidad, porque no existió ningún adulterio; el sacramento, porque no lo rompió ningún divorcio.

La unión conyugal y la concupiscencia de la carne

XII. Allí solamente faltó el acto conyugal, porque no podía realizarse en la carne del pecado sin la concupiscencia de la carne, que proviene del pecado, sin la cual quiso ser concebido no en la carne de pecado, sino *en la semejanza de la carne de pecado*, el que habría de ser sin pecado. De este modo enseña también que es carne de pecado la que nace de la relación conyugal, porque sólo la carne que no nazca de esta relación no es carne de pecado. Esto a pesar de que la relación conyugal, hecha con la intención de engendrar, no es en sí misma pecado, porque la buena voluntad del alma conduce el deseo del cuerpo, que la acompaña y no se adhiere a él; y el arbitrio humano no es arrastrado y subyugado por el pecado cuando la herida del pecado se abre, como es lógico, en el uso de la generación.

Una cierta comezón de esta herida reina en las deshonestidades de los

adulterios, fornicaciones y cualquier estupro e impureza; sin embargo, en los actos necesarios del matrimonio es un simple sirviente; allí se condena a la deshonestidad por tal amo, aquí se avergüenza la honestidad de tal lacayo. Por tanto, la libido no es un bien del matrimonio, sino obscenidad para los que pecan, necesidad para los que engendran, ardor de los amores lascivos, pudor del matrimonio. Por tanto, ¿por qué no van a continuar siendo esposos los que por mutuo consenso han dejado de tener relaciones conyugales, si fueron esposos José y María, los que ni siquiera comenzaron a tener tales relaciones?

El matrimonio antes y después de Cristo

XIII 14. Ahora ya no existe aquella necesidad de procreación de hijos, que, efectivamente, fue muy grave en los santos patriarcas por la generación y conservación del pueblo de Dios, en el que se debía preanunciar a Cristo. Ahora, por el contrario, lo que de verdad es evidente en todo el mundo es la multitud de niños que han de ser engendrados espiritualmente, pues, dondequiera que sea, ellos han sido engendrados carnalmente. Y así, lo que está escrito: *Hay un tiempo para el abrazo y un tiempo para abstenerse del abrazo*⁴⁰, se ha de interpretar como la división entre aquel tiempo y el presente; aquél, ciertamente, fue el tiempo del abrazo; éste, por el contrario, el de la abstinencia del abrazo.

El matrimonio en San Pablo

15. Del mismo modo, también el Apóstol, cuando habla de este asunto, dice: *Yo os digo esto, hermanos: el tiempo es breve; resta que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no comprasen; los que usan de este mundo, como si no lo usasen, pues la figura de este mundo pasa. Quiero que vosotros viváis sin ninguna inquietud.*

Todo esto, trataré de exponerlo brevemente, creo que se ha de entender así: *Digo esto, hermanos: el tiempo es breve*, es decir, que el pueblo de Dios ha de ser reunido por la generación espiritual, no que se haya de propagar por la generación carnal. *Por tanto, desde ahora, los que tienen esposa no se subyuguen a la concupiscencia carnal; los que lloran las tristezas por el mal del momento presente, se alegren con la esperanza del bien futuro; quien se alegra por el bien temporal, tema el juicio eterno; quien compra, posea de tal modo lo que tiene que no se le adhiera el corazón; quien usa de este mundo, piense que está de paso, no para vivir en él establemente. Pues la figura de este mundo pasa. Quiero que vosotros viváis sin ninguna inquietud*, esto es, quiero que vosotros tengáis levantado el corazón hacia las cosas que no pasan.

Finalmente, añade: *El que vive sin mujer, se preocupa de las cosas que son propias de Dios, cómo agradar al Señor; quien, por el contrario, está unido en matrimonio, se preocupa de las cosas que son propias del mundo, cómo*

*agradar a la mujer*⁴¹. Y así explica, en cierto modo, lo que dijo más arriba: *El que tenga esposa, viva como si no la tuviera*⁴². Pues los que de tal modo están casados que piensan en las cosas del Señor, cómo agradarán al Señor, y ni siquiera en las cosas de este mundo se preocupan de agradar a sus mujeres, éstos viven como si no las tuviesen. Y esto se realizará más fácilmente si también las mujeres son así, de modo que no traten de agradar a sus maridos porque son ilustres, de familias nobles o sensuales, sino porque son hombres fieles, religiosos, honestos y virtuosos.

Comprensión y tolerancia de San Pablo

XIV 16. Pero en estas uniones, así como hemos de desear y alabar tales cosas, así también debemos tolerar otras, para que no se caiga en infamias condenables, es decir, en fornicaciones o adulterios. A fin de evitar el mal, las relaciones conyugales realizadas sin intención de engendrar, y que sólo sirven a la concupiscencia dominante, de las que está mandado no privarse recíprocamente, para que Satanás no los tienta por la incontinencia, no han sido impuestas por un mandato, sino sólo toleradas por indulgencia. Pues está escrito: *El marido dé a su mujer lo debido, e igualmente la mujer al marido. La mujer no tiene potestad sobre su cuerpo, sino el marido; igualmente, el marido no tiene potestad sobre su cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por consenso y de forma temporal, para daros a la oración; en seguida volved a uniros, para que Satanás no os tienta por vuestra incontinencia. Esto lo digo como indulgencia, no como mandato*⁴³. Ahora bien, donde se da la indulgencia, no se puede negar que hay alguna culpa. Como, de hecho, la unión con intención de engendrar, la que se ha de suponer en el matrimonio, no es culpable, ¿qué es lo que el Apóstol concede por indulgencia sino que los esposos, los que no se contienen, se pidan el uno al otro el débito conyugal no por la voluntad de procrear, sino por la voluptuosidad del placer? Por tanto, esta voluntad no cae en la culpa por el matrimonio, sino que por el matrimonio alcanza indulgencia. En consecuencia, también por este motivo es laudable el matrimonio: porque es perdonado por él incluso aquello que no le pertenece. Pero es evidente que esta unión, que sirve para apagar la concupiscencia, no debe ser realizada de modo que se ponga obstáculo al feto que el matrimonio reclama.

Degradación pagana del matrimonio

XV 17. Sin embargo, una cosa es no unirse sino con la sola voluntad de engendrar, cosa que no tiene culpa, y otra apetecer en la unión, naturalmente con el propio cónyuge, el placer, cosa que tiene una culpa venial. Porque, aunque se unan sin intención de propagar la prole, por lo menos no se oponen a ella, a causa del placer, con un propósito ni con una acción mala. Pues los que hacen esto, aunque se llamen esposos, no lo son ni mantienen nada del verdadero matrimonio, sino que alargan este nombre honesto para velar las torpezas. Manifiestan abiertamente su malicia cuando

llegan al extremo de abandonar a los hijos que les nacen contra su voluntad. No quieren alimentar o tener consigo a los hijos que temieron engendrar. De manera que, al mostrarse despiadados con los hijos engendrados contra sus deseos ocultos y nefandos, ponen de manifiesto toda su iniquidad, y con esta evidente crueldad descubren sus ocultas deshonestidades. A veces llega a tanto esta libidinosa crueldad o, si se quiere, libido cruel, que emplean drogas esterilizantes, y, si éstas resultan ineficaces, matan en el seno materno el feto concebido y lo arrojan fuera, prefiriendo que su prole se desvanezca antes de tener vida, o, si ya vivía en el útero, matarla antes de que nazca. Lo repito: si ambos son así, no son cónyuges, y, si se juntaron desde el principio con tal intención, no han celebrado un matrimonio, sino que han pactado un concubinato. Si los dos no son así, digo sin miedo que o ella es una prostituta del varón o él es un adúltero de la mujer.

Matrimonio cristiano y virginidad

XVI 18. Puesto que las nupcias ya no pueden ser tan puras como pudieron ser entre los primeros hombres si no hubiera aparecido el pecado, al menos se ha de procurar sean como las de los santos patriarcas. Por tanto, no debe dominar la vergonzosa concupiscencia de la carne, inseparable del cuerpo mortal, la cual antes del pecado no existió en el paraíso y después del pecado fue arrojada de allí, sino, más bien, ha de estar sometida para servir únicamente a la propagación de la prole. O bien porque el tiempo presente, que ya hemos indicado como el tiempo de la abstinencia de los abrazos, no tiene la necesidad de este deber, mientras existe a nuestro alrededor y en el mundo tan gran abundancia de hijos que han de ser engendrados espiritualmente.

Quien pueda entender, entienda ⁴⁴ el bien preferible de la continencia ideal. Sin embargo, quien no pueda entenderlo, *si se casa, no peca*; y la mujer, si no es capaz de contenerse, se case. *Es bueno para el hombre no tocar a la mujer* ⁴⁵. Mas como *no todos entienden esta palabra, sino únicamente aquellos a quienes se les ha concedido* ⁴⁶, sólo queda *que, para evitar la fornicación cada hombre tenga su mujer, y cada mujer tenga su marido* ⁴⁷. Y así, para que no caiga en la ruina de las acciones deshonestas, la enfermedad de la incontinencia es contrarrestada por la honestidad del matrimonio. De hecho, esto es lo que el Apóstol dice a las mujeres: *Quiero que las jóvenes se casen* ⁴⁸; y lo mismo se puede decir de los maridos: "Quiero que los jóvenes se casen", de modo que se extiende a los dos sexos lo siguiente: *que engendren hijos, que sean padres y madres de familia y que no den a nuestro adversario motivo de calumniar nuestra fe* ⁴⁹.

Conclusión, los tres bienes del matrimonio cristiano

XVII 19. Ahora bien, en el matrimonio se deben amar los bienes peculiares: la prole, la fidelidad, el sacramento. La prole no sólo para que nazca, sino para que renazca, pues nace a la pena si no renace a la vida. La fidelidad no

como la conservan los infieles, que sufren celos carnales; pues ¿qué hombre, por impío que sea, quiere una mujer adúltera? ¿O qué mujer, por impía que sea, quiere un marido adúltero? Tal fidelidad, en el matrimonio, es un bien natural, pero carnal. Por el contrario, el miembro de Cristo debe temer el adulterio del cónyuge por el mismo cónyuge, no por sí mismo, y ha de esperar del mismo Cristo el premio a la fidelidad conyugal que propone al cónyuge. En cuanto al sacramento -que no se destruye ni por el divorcio ni por el adulterio-, éste ha de ser guardado por los esposos casta y concordemente; es el único de los tres bienes que por derecho de religión mantiene indisoluble el matrimonio de los consortes estériles cuando ya han perdido enteramente la esperanza de tener hijos, por la que se casaron.

Alaba el matrimonio quien alaba en él estos bienes nupciales. Sin embargo, la concupiscencia carnal no se debe atribuir al matrimonio, sino sólo tolerar. Pues no es un bien que venga de la naturaleza del matrimonio, sino un mal que proviene del antiguo pecado.

Segunda parte

Realidad de la concupiscencia

A) La concupiscencia y el pecado original

El bautismo de los párvulos de padres cristianos

XVIII 20. A causa de esta concupiscencia, ni siquiera del matrimonio justo y legítimo de hijos de Dios nacen hijos de Dios, sino hijos del mundo. Porque los que engendran, aunque ya hayan sido regenerados, no engendran como hijos de Dios, sino como hijos del siglo. En efecto, tal es la sentencia del Señor: *Los hijos de este siglo engendran y son engendrados*⁵⁰. En cuanto somos todavía hijos de este siglo, *nuestro hombre exterior se corrompe*. Por esta razón, ellos son engendrados también hijos de este mundo, y no serán hijos de Dios si no son regenerados. Pero, en cuanto somos hijos de Dios, *el hombre interior se renueva de día en día*⁵¹; y también el hombre exterior, por el baño de la regeneración, es santificado y recibe la esperanza de la futura incorrupción, por lo que con toda razón es llamado templo de Dios: *Vuestros cuerpos -dice el Apóstol- son templos del Espíritu Santo, que está en vosotros, que habéis recibido de Dios. Ya no os pertenecéis; habéis sido comprados a un gran precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo*⁵².

Todo esto ha sido dicho no sólo por la santificación presente, sino especialmente por la esperanza, de la cual el mismo Apóstol dice en otro lugar: *Pero también nosotros que poseemos las primicias del espíritu, también nosotros gemimos en nuestro interior, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo*⁵³. Luego si, según el Apóstol, se espera la redención de nuestro cuerpo, ciertamente lo que se espera, todavía es objeto de esperanza, no de posesión. Por esto añade: *Hemos sido salvados en*

*esperanza; sin embargo, la esperanza que se ve no es ya esperanza, puesto que lo que se ve, ¿cómo se puede esperar? Pero, si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia*⁵⁴. Así, pues, los hijos son engendrados carnales no por lo que aguardamos, sino por lo que toleramos. Por lo tanto, lejos del hombre fiel, cuando oye al Apóstol: *Amad vuestras mujeres*⁵⁵, amar en la esposa la concupiscencia carnal, la cual no debe amar ni en sí mismo; escuche a otro apóstol: *No améis el mundo ni las cosas que están en el mundo. Todo el que ame el mundo, el amor del Padre no está en él, porque todas las cosas que están en el mundo son concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición del mundo, lo cual no procede del Padre, sino del mundo. El mundo pasa con su concupiscencia; sin embargo, el que haga la voluntad de Dios permanece por siempre, como también Dios permanece eternamente*⁵⁶.

El acebuche y el olivo

XIX 21. En efecto, lo que nace de esta concupiscencia de la carne es, sin duda, del mundo, no de Dios. De Dios se nace cuando se renace del agua y del Espíritu. Sólo la regeneración borra el reato de esta concupiscencia, al que arrastra la generación. Luego lo que ha sido engendrado debe ser regenerado, porque no existe otro modo de borrar lo que se arrastra. Ciertamente sorprende que lo que ha sido borrado en los padres esté presente en la prole; sin embargo, es así. Por esta razón, la divina Providencia se ha preocupado de que estas cosas invisibles e increíbles para los infieles, aunque verdaderas, tuvieran algún ejemplo visible en ciertos árboles. ¿Por qué no hemos de creer que por este motivo fue establecido que del olivo naciese el acebuche? ¿Acaso no se deberá creer que, en una cosa creada para el uso de los hombres, el creador haya previsto y establecido lo que serviría de ejemplo al género humano? Es admirable cómo los que han sido librados de la atadura del pecado por la gracia, engendren, sin embargo, encadenados por el mismo vínculo, a los que es necesario librar del mismo modo; lo confieso, es admirable. Pero ¿cómo se creará también, si no lo probara la experiencia, que los frutos de los acebuches se esconden incluso en las semillas de los olivos? Por lo tanto, como el acebuche es engendrado por la semilla del acebuche y por la del olivo -a pesar de existir una gran distancia entre el acebuche y la aceituna-, así el que es engendrado tanto de la carne del pecador como de la del justo, uno y otro son pecadores, aunque entre el pecador y el justo haya una gran distancia. Es engendrado pecador; por la acción propia, todavía no lo es; nuevo por el origen; viejo por el reato. Es hombre por el creador, prisionero por el engañador, necesitado del redentor.

Pero se pregunta cómo la maldad de la prole puede ser heredada de unos padres que han sido ya redimidos. Porque no es fácil indagarlo con la razón ni explicarlo con la palabra, los infieles no lo creen. ¡Como si la razón encontrara fácil solución o la palabra acertara a explicar lo que hemos dicho

del acebuche y del olivo: que especies diferentes producen frutos semejantes! Pero quien quiera experimentarlo puede constatarlo. Sirva, pues, el ejemplo para creer lo que no se llega a percibir claramente.

Los párvulos y el pecado original

XX 22. En efecto, la fe cristiana, que han comenzado a atacar los nuevos herejes, no duda de que los que son lavados con el baño de la regeneración han sido redimidos de la potestad del diablo, y los que todavía no han sido redimidos con tal regeneración, aunque sean hijos de padres redimidos, están cautivos bajo la potestad del mismo diablo, a no ser que sean redimidos por la misma gracia de Cristo. Pues no dudamos de que pertenece a todos los tiempos aquel beneficio de Dios del que habla el Apóstol: *Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su hijo amado*⁵⁷. Todo el que niega que los niños son arrancados, al ser bautizados, de esta potestad de las tinieblas, de las que el diablo es el príncipe, es decir, de la potestad del diablo y de sus ángeles, es refutado por la verdad de los mismos sacramentos de la Iglesia. Ninguna novedad herética puede cambiar o destruir algo en la Iglesia de Cristo, ya que la cabeza dirige y ayuda a todo su cuerpo, tanto a los pequeños como a los grandes.

Así, pues, en verdad, y no de forma simulada, es exorcizada en los niños la potestad diabólica y renuncian a ella por el corazón y boca de los que los llevan, ya que no pueden por los suyos, para que, *arrancados del dominio de las tinieblas, sean transferidos al reino de su Señor*. ¿Qué es lo que los tiene bajo el poder del diablo hasta que finalmente son arrancados por el sacramento del bautismo de Cristo? ¿Qué es sino el pecado? Pues el diablo no encuentra otra cosa en la que pueda someter a su poder la naturaleza humana, que el creador bueno había creado buena. Pero como los niños no han cometido ningún pecado propio en su vida, resta sólo el pecado original, por el cual están cautivos bajo el poder del diablo, a no ser que sean redimidos con el baño de la regeneración y la sangre de Cristo y pasen al reino de su redentor, quebrantado el poder de su cautivador y recibida la potestad de transformarse, de hijos de este siglo, en hijos de Dios⁵⁸.

El pecado original y los bienes del matrimonio

XXI 23. Ahora, si interrogamos de algún modo a los bienes del matrimonio sobre cómo puede el pecado propagarse de ellos a los niños, el acto de la propagación de la prole nos respondería: "Yo en el paraíso habría sido más feliz si no se hubiera cometido el pecado, porque a mí me pertenece la bendición de Dios: *Creced y multiplicaos*"⁵⁹. Para esta obra buena cada sexo tiene miembros distintos, que ciertamente existían ya antes del pecado, pero no eran vergonzosos. La fidelidad de la castidad respondería: "Si no hubiera existido el pecado, ¿qué cosa habría existido en el paraíso más serena que yo, donde ni me habría punzado mi pasión ni me habría tentado

la de otro?" Y también el sacramento respondería: "Antes del pecado se dijo de mí en el paraíso: *Dejará el hombre el padre y la madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne*⁶⁰; y esto es un gran sacramento -dice el Apóstol- *en Cristo y en la Iglesia*⁶¹. Luego éste es grande en Cristo y en la Iglesia, muy pequeño en todos y cada uno de los maridos y mujeres; y, sin embargo, sacramento de unión inseparable. ¿Qué tienen éstos en el matrimonio para que pase el vínculo del pecado a la descendencia? Seguramente, nada; en verdad, la bondad del matrimonio se realiza perfectamente en estos tres bienes, gracias a los cuales también hoy el matrimonio es un bien.

Pecado y concupiscencia vergonzosa

XXII 24. Por otra parte, si interrogamos a la concupiscencia de la carne, por la que se han hecho vergonzosos los miembros que antes no lo eran, ¿no responderá que comenzó a estar en los miembros del hombre después del pecado? Y por esta razón la llama el Apóstol ley del pecado, porque hizo al hombre súbdito suyo al no querer ser súbdito de Dios. De ella se avergonzaron entonces los primeros esposos, y cubrieron sus miembros vergonzosos⁶²; de ella se avergüenzan todavía ahora, y buscan el secreto para unirse, sin atreverse a tener por testigos de esta obra ni siquiera a los hijos que de ella han sido engendrados. A este pudor natural, el error de los filósofos cínicos se ha opuesto con una llamativa desvergüenza, ya que esta acción, lícita y honesta, pensaban que se debería realizar con la mujer en público. Por lo que, con toda razón, la impureza de su atrevimiento recibió un nombre canino; en efecto, por esto son denominados cínicos.

Transmisión y herencia del pecado original

XXIII 25. Indudablemente, es esta concupiscencia, esta ley del pecado que habita en los miembros, a la que la ley de la justicia prohíbe obedecer, como dice el Apóstol: *No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos, ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad*⁶³. Y afirma que esta concupiscencia, que se expía solamente con el sacramento de la regeneración, transmite, sin duda, por la generación el vínculo del pecado a los descendientes, a no ser que también ellos sean desligados de dicho vínculo.

Así, pues, esta concupiscencia ya no es pecado en los regenerados cuando no consienten en obras ilícitas, ni los miembros son dados por el espíritu, que es el rey, para que se cometan tales cosas; de modo que, si no se hace lo que está escrito: *No codicies*⁶⁴, al menos se haga lo que se lee en otra parte: *No vayas detrás de las pasiones*⁶⁵. Pero, según cierto modo de hablar, se la ha llamado pecado, ya que viene del pecado y, si vence, suscita el pecado. Su culpabilidad, por el contrario, es efectiva en el engendrado; culpabilidad que la gracia de Cristo, por la remisión de todos los pecados, no permite que sea eficaz en el regenerado si no la obedece cuando le impulsa,

en cierto modo, a las malas acciones. Por tanto, se llama pecado porque proviene del pecado -aunque en los regenerados no sea pecado-, como se llama lengua el lenguaje que profiere la lengua y se llama mano la escritura que traza la mano. También se llama pecado porque, si vence, suscita el pecado, del mismo modo que el frío es llamado perezoso no porque sea producido por los perezosos, sino porque suscita perezosos.

La concupiscencia, lazo del diablo a la naturaleza humana

26. Esta herida infligida por el diablo al género humano hace que esté bajo el diablo cualquiera que nazca por ella -como si cogiera, con pleno derecho, el fruto del propio árbol-, no porque provenga de él la naturaleza humana, que proviene sólo de Dios, sino porque de él arranca el vicio, el cual no proviene de Dios. Así, pues, la naturaleza humana es condenada no por sí misma, sino por el vicio execrable que la ha corrompido. El motivo por el que es condenada es el mismo por el que está subyugada al execrable diablo. Y es que también el mismo diablo es espíritu inmundo; bueno, en cuanto espíritu; malo, en cuanto inmundo. Es espíritu por naturaleza, inmundo por vicio; de estas dos cosas, la primera proviene de Dios; la segunda, de él mismo. Por consiguiente, no posee a los hombres, grandes o pequeños, porque sean hombres, sino porque son inmundos.

El que se maraville de que una criatura de Dios esté sujeta al diablo, que no se maraville; una criatura de Dios está sujeta a otra criatura de Dios, la menor a la mayor; es decir, el hombre al ángel; pero no es por la naturaleza, sino por el vicio, por lo que el inmundo está sometido al inmundo. Este es el fruto que saca de la antigua raíz de impureza que plantó en el hombre. En el juicio final, ciertamente padecerá las mayores penas, en cuanto que es el más impuro. No obstante -como nada será causa de condenación sino el pecado-, para los que están subyugados a él, como príncipe y autor del pecado, también existirá una pena, más suave, en la condenación.

La concupiscencia como rebeldía contra la razón

XXIV 27. El diablo tiene prisioneros a los niños porque no han nacido del bien, que hace bueno al matrimonio, sino del mal de la concupiscencia, del que el matrimonio hace un buen uso, aunque incluso se avergüence de él. Porque, a pesar de que el matrimonio sea honorable en todos los bienes que le son propios y de que mantenga limpio el tálamo⁶⁶ de fornicaciones y adulterios, son torpezas siempre condenables, y aun de excesos conyugales no realizados al dictado de la voluntad, en busca de la prole, sino bajo el imperio del ansia de placer, cosa que en los esposos es pecado venial, al llegar el acto de la procreación, la misma unión lícita y honesta no puede realizarse sin el ardor de la pasión, y sólo a través de ella consigue lo que pertenece a la razón y no a la pasión. Este ardor, siga o preceda a la voluntad, es, sin duda, el que, como por propia autoridad, mueve los miembros que la voluntad no es capaz de mover. Y así muestra que no es siervo de la voluntad, sino suplicio de una voluntad rebelde; que no es

excitado por el libre albedrío, sino por un estímulo placentero; por esto es vergonzoso.

Todos los niños que nacen de esta concupiscencia de la carne, que, aunque en los regenerados no se impute como pecado, ha entrado en la naturaleza por el pecado; repito, todos los niños que nacen de esta concupiscencia de la carne, en cuanto hija del pecado, y también madre de muchos pecados cuando consiente en actos deshonestos, están encadenados por el pecado original. A no ser que renazcan en aquel que concibió la Virgen sin esta concupiscencia. Él fue el único que nació sin pecado cuando se dignó nacer en esta carne.

También en el bautizado

XXV 28. Pero si se pregunta: ¿Cómo esta concupiscencia de la carne permanece en el regenerado, en quien se ha realizado la remisión de todos los pecados, ya que por la concupiscencia se concibe, y con ella nace la prole carnal de los padres bautizados? O, al menos, si en el padre bautizado puede estar y no ser pecado, ¿por qué esta misma concupiscencia en el hijo ha de ser pecado? A esto se responderá: La concupiscencia de la carne ha sido vencida en el bautismo no para que no exista, sino para que no se impute como pecado. Aunque ya haya sido disuelta su culpa, permanece hasta que sea sanada toda nuestra enfermedad cuando, progresando la renovación del hombre interior de día en día, el hombre exterior se vista de incorruptibilidad. Pero no permanece sustancialmente, como cuerpo o espíritu, sino que la inclinación proviene de una cierta cualidad mala, como la flaqueza⁶⁷. En efecto, cuando se realiza lo que está escrito: *El Señor es propicio con todas nuestras iniquidades*, no permanece nada que no haya sido perdonado. Ahora bien, hasta que se cumpla lo que sigue: *Él sana todas tus debilidades, el que redime de la corrupción tu vida*⁶⁸, la concupiscencia carnal permanece en el cuerpo de esta muerte, y tenemos orden de no obedecer a sus viciosos deseos de cometer cosas ilícitas para que el pecado no reine en nuestro cuerpo mortal.

Esta concupiscencia, por otra parte, disminuye diariamente en los que progresan en la virtud y en los continentes; mucho más cuando se llega a la vejez. Sin embargo, en los que se esclavizan viciosamente a ella adquiere tanta fuerza que, ordinariamente, no deja de comportarse con toda desvergüenza e indecencia, incluso en la edad en que los mismos miembros y las partes del cuerpo destinadas a esta obra han perdido su vigor.

El pecado y el reato del pecado

XXVI 29. Ahora bien, como los regenerados en Cristo reciben la total remisión de sus pecados, evidentemente es necesario que se les perdone también la culpabilidad de su concupiscencia, que, como ya he explicado, no se ha de imputar como pecado, aunque todavía permanezca. El pecado es un acto transitorio, y, por tanto, no permanece. Pero su culpabilidad sí

permanece para siempre si no es perdonada. Del mismo modo, la culpabilidad de la concupiscencia desaparece cuando es perdonada.

Esto significa, en efecto, no tener pecado, no ser reo de pecado. Pero si alguno, por ejemplo, cometiera adulterio, aunque no lo vuelva a repetir, es reo de adulterio hasta que su culpabilidad sea perdonada por indulgencia. Por tanto, está en pecado aunque ya no exista lo que consintió, porque ha pasado con el tiempo en el que fue hecho. Pero si no tener pecado significase desistir de pecar, bastaría que la Escritura nos dijese: *Hijo, has pecado; no lo hagas de nuevo*; sin embargo, no basta, ya que añade: *En cuanto a los pasados, ruega para que te sean perdonados*⁶⁹. Por tanto, permanecen si no son perdonados. Pero ¿cómo permanecen, si han pasado, sino porque han pasado en cuanto acto y duran en cuanto culpa? Así, también puede suceder a la inversa, que permanezca como acto y pase como culpabilidad.

Las malas inclinaciones de la concupiscencia

XXVII 30. La concupiscencia de la carne obra incluso cuando no se le presta ni el consentimiento del corazón, donde reina, ni los miembros, como instrumentos para cumplir lo que manda. Y ¿qué es lo que obra sino las mismas acciones malas y deshonestas? Pues, si fueran buenas y lícitas, el Apóstol no prohibiría obedecerlas cuando dice: *No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos*⁷⁰; no dice: "Para tener sus deseos", sino *para obedecer a sus deseos*, de modo que, como en unos son más fuertes y en otros menos fuertes, según el progreso de cada uno en la renovación del hombre interior, no desfallezcamos nunca en la lucha por la rectitud y la castidad y no los obedezcamos.

Ahora bien, debemos aspirar a que esos mismos deseos desaparezcan, aunque no podemos conseguirlo en este cuerpo mortal. De aquí también que en otro lugar el mismo Apóstol, poniendo como ejemplo su persona, nos instruye con estas palabras: *Pues no pongo por obra lo que quiero, sino que lo que aborrezco, eso es lo que hago*; es decir, siento el apetito -porque él no quería ni siquiera sufrir esto para ser perfecto en todos los sentidos-. *Pues si lo que no quiero eso es lo que hago* -dice-, *estoy de acuerdo con la ley, que es buena*, porque lo que no quiere ella, tampoco yo lo quiero⁷¹. Ella no quiere que yo tenga estas apetencias, y dice: *No codiciarás*, y yo no quiero codiciar. Así, pues, en esto concuerdan la voluntad de la ley y la mía. Pero, porque no quería codiciar y, sin embargo, sentía el apetito, aunque sin hacerse esclavo consintiendo en él, continuó, diciendo: *Ahora, sin embargo, ya no soy yo el que hago esto, sino el pecado que habita en mí*⁷².

Errores sobre Romanos 7, 15-20

XXVIII 31. Se equivoca totalmente el hombre que, consintiendo en la concupiscencia de su carne y decidiendo y pensando hacer lo que ella desea, cree que todavía se puede aplicar a él: *No soy yo el que hago esto*,

porque, aunque aborrece, consiente. Pues una y otra cosa existen a la vez: él lo aborrece, porque sabe que es malo, y él lo hace, porque ha decidido hacerlo. Y más aún, si añade lo que prohíbe la Escritura cuando dice: *No ofrezcáis vuestros miembros al pecado como instrumento de iniquidad*⁷³, de modo que lo que determina hacer en el corazón también lo realiza en el cuerpo; y todavía dice: *No soy yo el que hago esto, sino el pecado que habita en mí*, puesto que, cuando decide esto, lo hace y siente desagrado, se equivoca tanto que no se conoce a sí mismo desde el momento que, estando compuesto en su totalidad de voluntad que decide y cuerpo que ejecuta, aún piensa que no es él mismo

Exégesis

XXIX. Luego el que dice: *Ya no soy yo quien hago esto, sino el pecado que habita en mí*, si solamente siente el deseo, dice la verdad. Pero no la dice si se adhiere con el consentimiento de la voluntad o si lo lleva a cabo sirviéndose del cuerpo.

La perfección cura la concupiscencia

32. Después añade el Apóstol: *Sé que el bien no habita en mí, esto es, en mi carne, pues quererlo está a un paso; sin embargo, el hacerlo no lo consigo*⁷⁴. El motivo de tal afirmación está en que se realiza el bien cuando no existen deseos malos, del mismo modo que se realiza el mal cuando se obedece a los malos deseos. Pero cuando existen éstos y no se les obedece, ni se realiza el mal -ya que no se les obedece- ni tampoco el bien -porque los malos deseos están presentes-, sino que se realiza en parte el bien, pues no se consiente en la concupiscencia mala, y en parte permanece el mal, ya que permanecen los deseos desordenados.

Por esto, el Apóstol no dice que no esté al alcance de su mano hacer el bien, sino *realizarlo en plenitud*. Realiza un gran bien quien hace lo que está escrito: *No vayas detrás de tus pasiones*⁷⁵; pero no lo realiza perfectamente, porque no cumple lo que también está escrito: *No codicies*⁷⁶. Por este motivo, la ley dice: *No codicies*; para que nosotros, constatando que estamos inmersos en esta enfermedad, busquemos la medicina de la gracia, y para que aprendamos en este precepto a dónde debemos tender para progresar en este camino mortal y a dónde podremos llegar en la inmortalidad beatísima. Si no se debiera alcanzar esta perfección, sin duda nunca habría sido mandada.

La gracia de la libertad

XXX 33. Seguidamente, el Apóstol, insistiendo de nuevo para darle todavía más valor a la sentencia precedente, dice: *Pues no hago el bien que quiero. Pero si lo que no quiero lo hago, ya no soy yo el que lo realiza, sino el pecado que habita en mí*⁷⁷; y sigue: *Encuentro en mí esta ley: cuando quiero hacer el bien, el mal se me pone delante*⁷⁸; esto es, encuentro que la

ley es un bien para mí, que quiero hacer lo que la ley quiere, porque el mal, que yo no quiero, no se presenta a la misma ley, que dice: *No codicies*, sino a mí, que siento el apetito contra mi voluntad. *Me complazco* -dice- *en la ley de Dios, según el hombre interior. Pero veo otra ley en mis miembros que combate a la ley de mi espíritu y me tiene prisionero bajo la ley del pecado, que está en mis miembros*⁷⁹. Esta complacencia en la ley de Dios, según el hombre interior, nos viene de la inmensa gracia de Dios. En ella, en efecto, *nuestro hombre interior se renueva de día en día*⁸⁰, en cuanto que avanza en ella con perseverancia. Pues no es temor que tortura, sino amor que deleita. Nosotros somos verdaderamente libres allí cuando no nos deleitamos en contra de nuestra voluntad.

La concupiscencia esclaviza

34. En cuanto a aquello que dice: *Pero veo otra ley en mis miembros que combate a la ley de mi espíritu*, es la misma concupiscencia de la que hablamos, la ley del pecado en la carne del pecado. Y cuando dijo: *Y me tiene prisionero bajo la ley del pecado*, esto es, bajo ella misma, *que está en mis miembros*, con *me tiene prisionero* quiso decir, o bien que intentaba hacerme prisionero, es decir, empujándome al consentimiento y a la acción, o, más bien -lo cual es indiscutible-, me aprisiona según la carne. Si ésta no estuviera dominada por la concupiscencia carnal, a la que llama ley del pecado, sin duda no se suscitaría ningún deseo ilícito, al que el espíritu no debe obedecer. Pero como no dice "aprisiona mi carne", sino *me aprisiona*, nos induce a buscar otro sentido y a tomar *me aprisiona* como si dijese: me intenta aprisionar. Pero ¿por qué no podía decir *me aprisiona* queriendo entender su carne? ¿Acaso no se ha dicho de Jesús, cuando no fue encontrada su carne en el sepulcro: *Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto?*⁸¹ ¿Quizás es inexacto porque no se haya dicho "carne o cuerpo de mi Señor", sino *mi Señor?*

Explicación del apóstol sobre la esclavitud de la concupiscencia

XXXI 35. Con todo, poco más arriba, también el mismo Apóstol, como mejor pudo, mostró con bastante claridad que se refería a su carne con *me tiene prisionero*. Pues cuando dijo: *Sé que el bien no habita en mí*, añade para esclarecerlo: *esto es, en mi carne*⁸². Luego está prisionera bajo la ley del pecado esta en la que *no habita el bien*, es decir, la carne. Pero aquí llama carne a la parte en que reside una cierta inclinación morbosa de la carne, no precisamente a la estructura del cuerpo, cuyos miembros no deben ser utilizados como instrumentos de pecado, de la concupiscencia, que tiene prisionera esta parte carnal de nuestro cuerpo⁸³. Pero la carne, en lo que atañe a la sustancia y a la naturaleza corporal, es ya templo de Dios en los fieles casados o continentes. No obstante, si no estuviera prisionero absolutamente nada de nuestra

carne, no ya bajo el diablo, pues allí se ha realizado la remisión del pecado, de modo que no se impute como pecado lo que se llama ley del pecado; si nuestra carne no estuviera prisionera de algún modo, al menos bajo la misma ley del pecado, esto es, bajo su concupiscencia, ¿cómo podría ser verdad lo que el mismo Apóstol dijo: *Esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo?*⁸⁴ Por consiguiente, en tanto se espera todavía la redención de nuestro cuerpo en cuanto que, en alguna medida, está prisionero todavía bajo la ley del pecado. Por lo que también exclamó: *¡Qué desgraciado soy! ¿Quién me libraré de este cuerpo mortal? La gracia de Dios por nuestro Señor Jesucristo*⁸⁵. En lo cual, ¿qué podemos entender sino que *el cuerpo corruptible es un peso para el alma?*⁸⁶ Luego, cuando se recobre incorruptible este mismo cuerpo, obtendrá la plena liberación de este cuerpo mortal, del que no se librarán los que resuciten al castigo. Se entiende, por tanto, que pertenece a este cuerpo mortal el que otra ley se oponga verdaderamente en nuestros miembros a la ley del espíritu cuando *la carne desea contra el espíritu*⁸⁷, aunque ella no subyugue el espíritu, porque *también el espíritu desea contra la carne*. Y así, aunque esta ley de pecado tenga cautivo algo de la carne, por lo que se opone a la ley del espíritu, ella no reina en nuestro cuerpo, a pesar de ser mortal, a no ser que se obedezca a sus deseos. Pues también suele ocurrir que los enemigos contra los que se lucha, siendo inferiores y vencidos en la batalla, retengan algún prisionero. Por esto se conserva la esperanza de la redención en nuestra carne aunque esté bajo la ley de pecado, porque la concupiscencia viciosa desaparecerá totalmente, mientras que nuestra carne será sanada de esta peste y enfermedad, será revestida de inmortalidad y permanecerá para siempre en la eterna beatitud.

La liberación por la gracia

36. El Apóstol continúa diciendo: *Yo mismo con el espíritu sirvo a la ley de Dios; con la carne, a la ley del pecado*⁸⁸. Esto ha de entenderse así: *Con el espíritu sirvo a la ley de Dios, no consintiendo en la ley del pecado; con la carne, sin embargo, sirvo a la ley del pecado, teniendo deseos de pecado, de los que todavía no estoy enteramente libre aunque no consienta en ellos*. Finalmente, prestemos atención a lo que añade después de esto: *Luego ninguna condenación -dice- pesa ahora para el que está en Cristo Jesús*⁸⁹. Incluso ahora, dice, cuando la ley en los miembros se opone a la ley del espíritu y tiene prisionero algo en este cuerpo mortal, *ninguna condenación existe para los que están en Cristo Jesús*. Escucha en qué modo: *La ley del espíritu de vida -dice- me libró en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte*⁹⁰. ¿De qué modo ha librado sino borrando la culpa con la remisión de todos los pecados, para que no se impute como pecado aunque todavía

permanezca y de día en día disminuya más y más?

La culpa en los niños antes del bautismo

XXXII 37. Por tanto, hasta que no se realiza en el hijo nacido esta remisión de los pecados, la ley del pecado está en él de tal modo que se le imputa incluso como pecado. Es decir, que junto con ella está presente su culpa, y ésta lo mantiene deudor del suplicio eterno. Esto es lo que el padre transmite a la prole carnal, en cuanto que él mismo ha nacido carnalmente, no en cuanto ha renacido espiritualmente. Porque esto mismo por lo que ha nacido carnalmente, aunque no le impida alcanzar su fruto, permanece oculto, como en la semilla del olivo, aun después de borrada la culpa, si bien, por la remisión de los pecados, no daña en absoluto al aceite, es decir, a esta vida, ya que, según Cristo -él toma el nombre del aceite, o sea, del crisma-, el justo vive por la fe. Pero esto que en el padre regenerado está oculto, como en la semilla del olivo, sin ninguna culpa, porque ha sido redimido, se encuentra ciertamente con culpa en la prole que todavía no ha sido regenerada, como en el acebuche, hasta que también ella sea redimida con la misma gracia. Pues desde el momento en que Adán de tal olivo, en el que ni siquiera existía rastro de la semilla de que pudiera nacer la amargura del acebuche, se convirtió en acebuche por el pecado, quedó transformado todo el género humano en acebuche. ¡Tan grande fue la degeneración que su pecado provocó en la naturaleza! Así que -como nosotros constatamos todavía en estos mismos árboles-, si la gracia divina lo convierte seguidamente en olivo, entonces el vicio del primer nacimiento, que era el pecado original, transmitido y contraído por la concupiscencia carnal, es perdonado, cubierto, no imputado; del cual, sin embargo, nacerá el acebuche, a no ser que también él renazca como olivo por la misma gracia.

El bautismo, su necesidad, importancia y efecto

XXXIII 38. Feliz, por tanto, aquel olivo al que le *han sido perdonadas las iniquidades* y le *han sido ocultados los pecados*; feliz aquel a quien el Señor no le imputa el pecado⁹¹. Pero aquel pecado que ha sido perdonado, y ocultado, y no imputado hasta que se realice la transformación total en la inmortalidad eterna, tiene una cierta fuerza oculta, que cierne al amargo acebuche, a no ser que también allí se perdone, se oculte y no se impute por la labranza de Dios. Ahora bien, de ningún modo existirá algo vicioso, ni siquiera en la semilla carnal, desde el momento en que, purgado y sanado totalmente todo lo malo del hombre con esta regeneración que ahora se realiza por el baño sagrado, la misma carne, por la que el alma se hace carnal, se haga también ella espiritual; no tendrá la menor concupiscencia carnal que se oponga a la ley del espíritu y no emitirá ninguna semilla carnal. Así hemos de entender lo que dice el Apóstol: *Cristo amó a su Iglesia* y se

*entregó a sí mismo por ella a fin de santificarla, lavándola con el baño del agua y la palabra para que aparezca ante él Iglesia gloriosa, sin mancha, ni arruga, ni nada semejante*⁹². Así, decía yo, se ha de entender esto: con este baño de regeneración y con la palabra de santificación quedan limpias y sanadas enteramente todas las cosas malas de los hombres regenerados; no sólo todos los pecados que ahora son perdonados en el bautismo, sino también los que se contraerán en el futuro por ignorancia o debilidad humana.

Con esto no se afirma que el bautismo deba reiterarse cada vez que se pegue, sino que por este bautismo, que se confiere una sola vez, los fieles alcanzan el perdón de cualquier género de pecado cometido antes o después de recibirlo. Pues ¿qué aprovecharía la penitencia antes del bautismo, si éste no la siguiera, o después, si el bautismo no la precediese? E incluso en la oración dominical, nuestro medio diario de purificación, ¿con qué fruto se diría *perdona nuestras deudas*⁹³ si no son los bautizados quienes lo dicen? Igualmente, por grande que sea la generosidad y beneficencia de las limosnas, ¿a quién aprovecharía para el perdón de sus pecados si no estuviera bautizado? Por último, la misma felicidad del reino de los cielos, donde la Iglesia no tendrá *mancha, ni arruga, ni cosa semejante*, donde no habrá nada que reprochar ni esconder, donde no existirá la culpa y ni siquiera la concupiscencia del pecado, ¿de quiénes será sino de los bautizados?

La perfecta justicia del hombre

XXXIV 39. Y en consecuencia, no sólo todos los pecados, sino absolutamente todos los males del hombre son borrados por la santidad del baño cristiano, con el cual Cristo purifica a su Iglesia, *a fin de presentársela a sí mismo*, no en este siglo, sino en el futuro, *sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante*. Pero algunos afirman que ahora ya sucede esto así, y, sin embargo, ellos forman parte de la Iglesia. Con todo, puesto que ellos mismos confesarán, si dicen la verdad, que tienen pecados, la Iglesia tiene en ellos una mancha; y, si no dicen la verdad, la Iglesia tiene en ellos una arruga, ya que hablan con doblez de corazón. Si dicen que son ellos los que tienen estos pecados y no la Iglesia, entonces confiesen que no son miembros de ella ni pertenecen a su cuerpo, y así se condenan por su propia confesión.

Confirmación del contenido de esta obra

XXXV 40. Me he preocupado de distinguir con un largo discurso la concupiscencia de la carne de los bienes del matrimonio obligado por los nuevos herejes, los cuales, cuando ven que es condenada, lanzan calumnias como si se condenase el matrimonio. Evidentemente, de este modo -alabándola como un bien natural- confirman su pestífera doctrina, según la cual la descendencia que nace por ella no arrastra ningún pecado original. Pero de esta concupiscencia carnal, el

bienaventurado Ambrosio, obispo de Milán -por su ministerio sacerdotal, yo recibí el baño de regeneración-, habló así, tan escuetamente, cuando aludió al nacimiento carnal de Cristo, comentando el profeta Isaías: "Por esto -dice-, en cuanto hombre, ha sido tentado por todas las cosas, y en la semejanza de los hombres las soportó todas; pero, en cuanto nacido del Espíritu, se abstuvo del pecado". En efecto, *todo hombre es mentiroso*⁹⁴ y no hay nadie sin pecado, sino sólo Dios. Por tanto, sigue en pie que ningún nacido del varón y de la mujer, es decir, de la unión carnal, se verá libre de pecado. Así, pues, quien sea libre de pecado, deberá serlo también de semejante concepción. ¿Acaso el santo Ambrosio condenó la bondad del matrimonio, o, más bien, no fue condenada, con la verdad de su sentencia, la pretensión de estos herejes, aunque todavía no habían aparecido?

Por el testimonio de San Ambrosio

He creído que debía recordarlo porque Pelagio alaba a Ambrosio de la siguiente forma: "El bienaventurado obispo Ambrosio, en cuyos libros brilla principalmente la fe romana, que despunta entre los escritores latinos como una hermosa flor, y cuya fe y purísimo sentido de las Escrituras ni siquiera un enemigo se ha atrevido a criticar". Así, pues, que se arrepienta por haber pensado contrariamente a Ambrosio; pero no se arrepienta por haber alabado de tal modo a Ambrosio.

Envío de la obra al conde Valerio

Ahí tienes el libro en que, por lo enojoso de su extensión y lo complejo de su tema, has de poner, al leerlo en los raros momentos en que te ha podido o te podrá encontrar desocupado, el esfuerzo que yo he hecho al dictarlo. Lo he elaborado, en cuanto el Señor se ha dignado ayudarme, entre mis preocupaciones eclesiásticas. Ciertamente, no te lo habría presentado a ti, ocupado en tus obligaciones públicas, si no hubiera oído a un hombre de Dios, que te conoce bien, que lees con tanto gusto, que gastas algunas horas nocturnas en atenta lectura.

EL MATRIMONIO Y LA CONCUPISCENCIA

Traductores: Teodoro C. Madrid, OAR y Antonio Sánchez Carazo OAR

LIBRO SEGUNDO

PRIMERA RESPUESTA A JULIANO DE ECLANA

Saludo y ocasión

I. 1. Queridísimo y honorable hijo Valerio: No puedo expresar suficientemente

con cuánta alegría espiritual me complazco de que te inflames con tanto celo contra los herejes por las divinas palabras en medio de las ocupaciones de tu profesión militar y del importante cargo que desempeñas tan dignamente, y aun de las actividades necesarias para el bien público. Después de leer las cartas de tu Excelencia, donde me agradeces el libro que te escribí, me apremias además a que me entere por mi hermano y coepíscopo Alipio de qué disputan los herejes sobre algunos pasajes del mismo libro; por eso me he animado a escribir éste. Además, no sólo lo he llegado a saber por la relación de mi recordado hermano, sino que también he leído los papeles que él me ha entregado y que tú mismo, después de su partida de Ravena, procuraste enviar a Roma. He podido descubrir en ellos las fanfarronadas de los adversarios; me he propuesto, Dios mediante, contestar con tanta verdad como pueda y con la autoridad de las divinas Escrituras.

Presentación del escrito

II. 2. El escrito al que ahora voy a responder lleva por título "Réplica breve tomada de algunas obras contra los enunciados de un libro escrito por Agustín". Estoy viendo aquí que el que ha enviado a tu Excelencia estos escritos, los ha querido recoger no sé de qué libros con el fin, según creo, de responder más rápidamente para no diferir tu cumplimiento. Pero, al pensar qué libros son éstos, he juzgado que son los que Juliano menciona en la carta que envió a Roma, cuyo ejemplar ha llegado hasta mí al mismo tiempo. Lo cierto es que afirma allí: "Dicen también que el matrimonio existente en la actualidad no fue instituido por Dios, como se lee en el libro de Agustín, a quien acabo de responder con cuatro libro". Creo que ha sido de estos libros de donde ha sacado la respuesta. Por eso, tal vez mejor hubiera sido dedicar la atención a replicar y refutar su misma obra entera, expuesta en cuatro volúmenes, en lugar de responder con urgencia, como tú también urgentemente has enviado los escritos, a los que debo responder.

Parte primera

Omisiones del escrito y objeciones en general

Sobre el pecado original (Rm 5, 12...)

3. Así, pues, él ha tomado del libro mío, que te envié y te es bien conocido, las siguientes palabras que ha intentado refutar: "Van gritando con rabia que yo condeno el matrimonio y la obra divina por la que Dios, de hombres y mujeres, crea otros hombres. Y esto porque he dicho que los que nacen de tal unión contraen el pecado original. Y además porque afirmo que los que nacen, cualesquiera que sean sus padres, están aún bajo el dominio del diablo si no renacen en Cristo".

En estas palabras mías ha omitido el testimonio del Apóstol que interpolé, por cuyo gran peso él se daba cuenta de que era aplastado. Efectivamente, al haber dicho yo que los hombres nacidos contraen el pecado original, introduje en seguida esto que dice el Apóstol: *Lo mismo que por un solo*

*hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así se propagó a todos los hombres por aquel en quien todos pecaron*¹. Omitido por él este testimonio, como he dicho, ha urdido lo demás que acabo de mencionar. Porque sabe de qué modo el sentir de los fieles católicos suele entender estas palabras apostólicas que él ha omitido. Palabras tan directas y tan luminosas que los nuevos herejes procuran oscurecer y desfigurar.

El bautismo de los niños

4. Además, ha añadido otras palabras mías donde yo dije: "Y no se dan cuenta de que al bien del matrimonio no se le puede culpar por el mal original contraído de él, como el mal de los adulterios y de las fornicaciones no puede ser excusado por el bien natural que nace de allí; como el pecado, que los niños contraen de esta unión o de la otra, es obra del diablo así el hombre, nazca de aquí o de allí, es obra de Dios". También ha omitido en esta cita aquello en lo que ha tenido miedo de los oídos católicos. Porque antes yo había dicho hasta estas palabras: "Porque afirmo esto, que contiene la regla antiquísima y firmísima de la fe católica, estos defensores de una doctrina nueva y perversa -los cuales dicen que en los párvulos no hay pecado alguno que deba ser lavado por el baño de la regeneración-, me calumnian desleal e ignorantemente como si yo condenase el matrimonio y como si defendiese que la obra de Dios, esto es el hombre que nace de él, es la obra del diablo". Omitidas estas palabras mías, siguen las otras como las he transcrito arriba. Por lo tanto, en estas que ha omitido ha temido esto: que es unánime en todos el sentir de la Iglesia católica, y que se remonta a la fe transmitida desde los tiempos antiguos y sólidamente establecida con voz de algún modo clara, y que se revuelve muy enérgicamente contra ellos aquello que he afirmado: "ellos dicen que en los párvulos no hay pecado alguno que deba ser lavado por el baño del bautismo". Porque todos corren a la Iglesia con los párvulos, no por otro motivo sino para que el pecado original, contraído por la generación del primer nacimiento, sea purificado por la regeneración del segundo nacimiento.

La salvación, por la gracia de Cristo

5. Después vuelve a las palabras mías anteriores, que no entiendo por qué las repite: "Ahora bien, he dicho que los que nacen de tal unión contraen el pecado original; y además afirmo que los que nacen, cualesquiera que sean sus padres, están aún bajo el dominio del diablo si no renacen en Cristo". Estas palabras mías él ya las había citado también poco antes. A continuación añade lo que he dicho sobre Cristo: "El cual no quiso nacer de la unión de los dos sexos". Pero también ha omitido aquí lo que he escrito: "Para que, sacados por su gracia del dominio de las tinieblas, sean trasladados al reino de aquel que no quiso nacer de la misma unión de los dos sexos". ¡Fíjate, por favor, qué palabras mías ha evitado, como enemigo declarado de la gracia de Dios, que nos viene por Jesucristo, Señor nuestro! Porque él sabe, sin duda, que es el colmo de la maldad y de la impiedad

separar a los párvulos de aquella sentencia del Apóstol donde dice a propósito de Dios Padre: *Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido*². Por esto, sin duda, ha preferido omitir estas palabras a citarlas.

La ley del pecado, destruida por la gracia de Cristo

6. Luego sigue con aquel pasaje donde dije: "Porque esta vergonzosa concupiscencia, tan desvergonzadamente alabada por los desvergonzados, no existiría jamás si el hombre no hubiese pecado antes, pero el matrimonio existiría aunque nadie hubiese pecado. Ciertamente, se haría sin esta enfermedad la generación de los hijos". Hasta aquí él ha citado mis palabras, porque ha tenido miedo de lo que he añadido: "En aquel cuerpo de vida, sin la cual (enfermedad) no puede realizarse ahora (la generación) en este cuerpo de muerte". Y aquí, por no terminar la frase mía, sino por mutilarla de algún modo, ha sentido horror a aquel testimonio del Apóstol donde dice: *¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo mío presa de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo, Señor nuestro*³. Es cierto que en el paraíso no existía este cuerpo presa de muerte antes del pecado, y por eso he dicho que en aquel cuerpo vivo habría podido realizarse la generación de los niños sin esta enfermedad, sin la cual no puede realizarse ahora en este cuerpo presa de muerte. Para llegar el Apóstol a semejante mención de la miseria humana y de la gracia divina había dicho antes: *Percibo en mi cuerpo un principio diferente que guerrea contra la ley que aprueba mi razón, y me hace prisionero de la Ley del pecado que está en mi cuerpo*. Pero después de estas palabras exclamó: *¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo mío presa de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo, Señor nuestro*. Por consiguiente, en este cuerpo presa de muerte, como existió en el paraíso antes del pecado, de seguro que no había un principio diferente en nuestro cuerpo que guerreaba contra la ley que aprueba nuestra razón. Porque, tanto cuando no queremos como cuando no consentimos ni le entregamos nuestro cuerpo para que sacie lo que desea, habita, no obstante, en él; y turba la razón, que resiste y lucha de tal modo que la misma lucha aunque no sea condenable, porque no comete la iniquidad, sin embargo, es digna de compasión, porque no trae consigo la paz. Pues bien, he advertido suficientemente que este pobre ha querido citar mis palabras como para refutarlas de tal manera que en algunas partes deja las frases a medias y en otras las mutila al final. Ya he manifestado bastante por qué lo ha hecho.

Objeciones calumniosas

III. 7. Veamos ahora su respuesta a palabras mías, que ha citado como le ha parecido. Siguen ya las palabras suyas. Y como este pobre insinuó al que te ha enviado los papeles, ha transcrito antes algo del prefacio, sin duda de los libros aquellos de donde ha sacado el extracto. La cuestión, pues, está así: "Doctores -dice- de nuestro tiempo, hermano dichosísimo, y autores de una nefasta división que todavía está hirviendo, han determinado llegar, por la

ruina de toda la Iglesia, hasta las afrentas y la perdición de los hombres que se abrasan en deseos santos. No comprendo cuánto honor les procuran a éstos, cuya gloria han manifestado al no haber podido ser arrancada más que con la religión católica. Porque se le llama celestiano o pelagiano a quien afirme o que en los hombres existe el libre albedrío o que Dios es el creador de los que nacen. De este modo, para no ser tildados de herejes, se hacen maniqueos, y, mientras temen una falsa infamia, se precipitan en un crimen verdadero a manera de las fieras, que son cercadas de plumas para encerrarlas en las redes, y allí, por faltarles la inteligencia, son empujadas por un terror aparente hacia un verdadero desastre".

Respuesta de san Agustín: la libertad verdadera es obra de la gracia

8. No es así, quien quiera que seas tú que has dicho semejantes frases; no es ésta la verdad. ¡Mucho te engañas y tramas engañar! Yo no niego el libre albedrío. Pero dice la Verdad: *Si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres*⁴. ¡Sois vosotros los que priváis de este Libertador a los cautivos a quienes ofrecéis una falsa libertad! En efecto, *de quien uno es vencido, de ése queda hecho esclavo*⁵, como dice la Escritura. Y nadie es librado de una esclavitud de la cual no está libre ningún hombre si no es por la gracia del Libertador. Como quiera que *por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así se propagó a todos los hombres, por quien todos pecaron*⁶. Dios, sí, es el creador de todos los nacidos, pero de esta forma: todos, por culpa de uno, irán a la condenación, si no tienen al libertador que les hace renacer. Ciertamente, él se llamó alfarero haciendo del mismo barro un vaso para honor según la misericordia, otro para vileza según la justicia, a quien canta la Iglesia misericordia y justicia⁷. No es verdad, por lo tanto, como tú dices, engañándote a ti y a otros, que "se le llama celestiano o pelagiano al que afirmare o que en los hombres existe el libre albedrío, o que Dios es el creador de los que nacen". Esto, ciertamente, lo afirma la fe católica. Pero, si alguno dice que el libre albedrío existe en los hombres para dar debidamente culto a Dios sin su ayuda y que todo el que dice que Dios es el creador de los nacidos, pero negando al Redentor de los párvulos el dominio del diablo, él mismo se llama pelagiano y celestiano. Por consiguiente, os digo a los dos que en los hombres existe el libre albedrío y que Dios es el creador de los niños. Vosotros no sois celestianos o pelagianos por este motivo. En cambio, que uno es libre para obrar el bien sin la ayuda de Dios y que los párvulos no son sacados del dominio de las tinieblas y trasladados así al reino de Dios⁸, esto sí es lo que decís vosotros. Y por este motivo sois celestianos y pelagianos. ¿Por qué empuñas tú falazmente el escudo del dogma común para cubrir el propio crimen de donde os viene el nombre? Además, dices para espantar por terror a los mal informados con un pretexto impío: "De este modo, para no ser tildados de herejes, se hacen maniqueos".

La fe católica, contraria al maniqueísmo

9. Escucha brevemente de qué se trata en esta cuestión. Los católicos afirman que Dios, bueno y creador, creó buena a la naturaleza humana; pero que, viciada por el pecado, tiene necesidad de Cristo, médico. Los maniqueos dicen que la naturaleza humana no ha sido creada por Dios bueno ni viciada por el pecado, sino que el hombre ha sido creado por el príncipe de las tinieblas eternas de la mezcolanza de dos naturalezas: una buena y otra mala. Los pelagianos y celestianos sostienen que la naturaleza humana fue creada buena por un Dios bueno, pero que es de tal modo sana en los niños que nacen, que en aquella edad no necesitan la medicina de Cristo.

Reconoce, pues, tu nombre en tu propia doctrina. ¡Déjate de echar en cara a los católicos que te refutan la doctrina y el nombre ajeno! Porque la verdad desmiente a los dos: a los maniqueos y a vosotros. En efecto, dice a los maniqueos: *¿No habéis leído que el Creador en el principio los creó hombre y mujer, y dijo: "Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne?" De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre*⁹. De este modo ha demostrado que Dios es el creador de los hombres y el unidor de los cónyuges, contra los maniqueos, que niegan ambas cosas. Y a vosotros también os dice: *El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido*¹⁰. Con todo, vosotros, cristianos egregios, responded a Cristo: "Si has venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido, ¿no has venido para los niños! -éstos no estaban perdidos, y han nacido sanos y salvos-. ¡Vete a los mayores! Te lo ordenamos con tus propias palabras: *No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*"¹¹.

Así sucede que Manés, al afirmar que el hombre está mezclado con una naturaleza mala, quiere por ello, al menos, que el alma buena sea salvada por Cristo. En cambio, tú porfías en que Cristo nada tiene que salvar en los párvulos, puesto que gozan de buena salud. Por esto, Manés rebaja con maledicencia a la naturaleza humana. Pero tú la ensalzas con crueldad porque todos cuantos te crean a ti, halagador, no ofrecerán sus niños pequeños al Salvador. Dándote cuenta de tales maldades, ¿de qué te sirve no temer a lo que te sucede? Mejor te sería tener temor saludable. Te harías un hombre en lugar de una fiera que, asediada por plumas, va a caer en la red. Pero sería necesario que te mantuvieses en la verdad y no tuvieras miedo de profundizar en ella.

Desgraciadamente, estás tan ajeno a los temores, que, si los tuvieras, podrías evitar el precipitarte en las malignas redes. Por esto, la Madre católica te atemoriza, porque también teme por ti y por otros a causa tuya. Y si actúa, por medio de sus hijos, con alguna autoridad para que temas, no lo hace por crueldad, sino por caridad. En cambio, tú, hombre muy valiente, crees que es cobardía temer a los hombres. Teme entonces a Dios, y no

quieras intentar destruir con tanta obstinación los fundamentos antiguos de la fe católica. Aunque ¡ojalá que este valor tuyo, tan orgulloso en esta cuestión, temiese a los hombres! ¡Ojalá, repito, te causara pavor, al menos, la cobardía antes de que te hiciera perecer la audacia!

Parte segunda

Refutación

A) Concupiscencia, matrimonio y pecado en Adán y Noé

Reflexión sobre el orden que va a seguir

IV. 10. Voy a examinar también lo que él añade. Y no sé qué hacer si recorrer los puntos suyos, para responder uno por uno, o bien, omitidos los que coinciden con la fe católica, tratar y refutar solamente aquellos en los cuales se aparta del camino de la verdad y se esfuerza en sembrar la herejía pelagiana entre los planteles católicos como brotes venenosos. Esto es lo más breve, sin duda. Pero creo que hay que procurar que ninguno piense, al leer este libro mío sin conocer todas las palabras dichas por él, que no he querido mencionar los principios de los cuales dependen estas razones tuyas y de dónde pueda deducirse, como una consecuencia lógica, que son verdaderas aquellas razones que yo refuto como falsas. Por lo tanto, que el lector no se sienta molesto al tener que prestar atención y examinar detenidamente ambas cosas incluidas en este opúsculo mío, a saber, lo que él ha dicho y lo que yo mismo respondo.

Una acusación falsa: el título

11. El que envió el escrito a tu caridad ha titulado los textos que siguen de este modo: "Contra aquellos que condenan el matrimonio y atribuyen su fruto al diablo". Por lo tanto esto no va contra nosotros, porque nosotros ni condenamos el matrimonio, al que alabamos con el mérito debido en su rango, ni atribuimos su fruto al diablo. Ciertamente que el fruto del matrimonio son los hombres engendrados de él ordenadamente y no los pecados con que los hombres nacen. Y no por eso los hombres están bajo el dominio del diablo, no por ser hombres, fruto del matrimonio, sino por ser pecadores, descendencia de los vicios. En efecto, el diablo es el autor de la culpa, no de la naturaleza.

Adán llama a Eva madre de los vivientes

12. Presta atención a lo que sigue, donde él cree que está de acuerdo con el título mencionado en contra nuestra. Afirma: "Dios, que había formado a Adán del limo de la tierra, construyó a Eva de una costilla¹²; y dijo: *Se llamará Vida, porque es la madre de todos los vivientes*. Ciertamente que esto no está escrito así; pero ¿qué importa? Efectivamente, suele ocurrir que la memoria falla en las palabras, en tanto que se retiene el sentido. No fue Dios quien impuso el nombre de Eva para llamarla Vida, sino su marido. Así, en efecto, se lee: *Y Adán llamó a su mujer Vida, porque ella misma es la*

madre de todos los vivientes ¹³. Tal vez haya entendido esto creyendo que Dios impuso a Eva aquel nombre por medio de Adán como en profecía. Porque en esto de llamarla Vida y madre de los vivientes se encierra un gran misterio de la Iglesia, del cual sería largo tratar ahora, y tampoco es necesario para el trabajo emprendido. También aquello que afirmó el Apóstol: *Es éste un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia* ¹⁴, lo dijo el mismo Adán: *Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne* ¹⁵.

Sin embargo, el Señor Jesús recuerda en el Evangelio que esto lo dijo Dios; porque fue Dios ciertamente quien dijo, por medio del hombre, lo que el hombre predijo profetizando.

Considera también lo que sigue. Afirma: "Con aquel primer nombre, Dios manifestó para qué obra quedaba preparada; así dijo: Creced, multiplicaos y llenad la tierra. Porque ¿quién de los nuestros niega que la mujer fue preparada para la maternidad por el Señor Dios, creador bueno de todos los bienes?

Fíjate en esto que añade. Dice: "Por consiguiente, Dios, creador del hombre y de la mujer, formó los miembros convenientes para la generación, y ordenó que los cuerpos fueran engendrados de los cuerpos. Sin embargo, en su eficacia interviene el poder de su acción, porque él gobierna todo lo que existe con esta virtud con que lo creó".

Esto también es católico, lo mismo que lo que sigue, cuando añade: "Por tanto, si la generación es sólo por medio del sexo, el sexo sólo por medio del cuerpo y el cuerpo sólo por Dios, ¿quién puede dudar de que la fecundidad hay que atribuirla, con todo derecho, a Dios?"

Malicia encubierta de Juliano

13. A continuación, estas afirmaciones, que son verdaderas y católicas; más aún, que están escritas con toda verdad en los libros divinos, no las ha dicho en sentido católico. Como su intención no es la de un corazón católico, comienza, en este momento en que habla, a introducir la herejía pelagiana y celestiana. Repara, por ejemplo, en lo que sigue: "-Tú, ¿qué es lo que dices? -Afirmando que los que nacen, cualesquiera que sean sus padres, están aún bajo el dominio del diablo si no renacen en Cristo. -¡Demuestra, pues, ahora qué es lo que el diablo reconoce como suyo en los sexos para poseer su fruto con todo derecho, como dices! ¿La diversidad de los sexos? ¡Pero si ésta se halla en los cuerpos que Dios creó! ¿La mutua unión? ¡Pero si goza del privilegio de la bendición, no menor que el de su institución! Esta es la palabra de Dios: *Abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne* ¹⁶; y también es palabra de Dios: *Creced, multiplicaos y llenad la tierra* ¹⁷. ¿O tal vez la misma fecundidad? ¡Pero si precisamente es la causa de la institución del matrimonio!"

Omisión culpable

V. 14. Ya ves cómo me pregunta qué es lo que el diablo reconoce como suyo en los sexos para que los recién nacidos, cualesquiera que sean sus padres, estén bajo su dominio si no renacen en Cristo: si es la diversidad de los sexos la que pertenece al diablo, o su unión, o la misma fecundidad. Esta es mi respuesta: ¡Nada de eso! Porque pertenece a los genitales tanto la diversidad de los sexos como su mutua unión para la generación de los hijos, como la misma fecundidad para la bendición del matrimonio. Y todo esto viene de Dios. Pero no ha querido ni nombrar la concupiscencia de la carne, que no viene del Padre ¹⁸, sino del mundo, del cual es llamado príncipe el diablo, que no la encontró en el Señor, porque el Señor, en cuanto hombre, no vino por ella a los hombres.

A este respecto, él mismo dice también: *He aquí que se acerca el príncipe de este mundo; y en mí no encuentra nada* ¹⁹; evidentemente, nada de pecado, ni del que es contraído por el que nace ni del que es adquirido durante la vida. Entre todos los bienes naturales mencionados, no ha querido ni nombrar esta concupiscencia, de la cual se avergüenza hasta el matrimonio, que se gloria de todos estos bienes. En realidad, ¿por qué el acto conyugal es sustraído y ocultado, aun a los ojos de los hijos, sino porque no pueden asistir a la unión mutua, tan laudable, sin avergonzarse de la concupiscencia? De ésta se avergonzaron hasta los primeros cónyuges. Cubrieron sus miembros ²⁰ que antes no eran vergonzosos, como obras de Dios dignas de alabanza y de gloria. Los cubrieron cuando se avergonzaron y se avergonzaron cuando después de su desobediencia sintieron sus miembros desobedientes. ¡De ésta ha tenido pudor también este panegirista! Porque ha recordado la diversidad de los sexos, ha recordado la mutua unión, ha recordado la fecundidad, pero de aquélla ha tenido reparo hasta de recordarla. ¡Y no es maravilla que avergüence a los panegiristas lo que vemos que avergüenza a los mismos progenitores!

Testimonio de San Ambrosio sobre el pecado original

15. Continúa aún y dice: "¿Por qué están bajo el dominio del diablo aquellos que Dios creó?" Y se responde a sí mismo, que coincide con mi respuesta: "Por causa del pecado, no por la naturaleza". Después, contrastando su respuesta con la mía, añade: "Como la generación no puede existir sin los sexos, tampoco el pecado sin la voluntad". ¡Asimismo, así es! Efectivamente, *lo mismo que por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así se propagó a todos los hombres por aquel en quien todos pecaron* ²¹. Todos pecaron en él por la mala voluntad de aquel único hombre, cuando todos eran aquel hombre único, del cual por eso cada uno ha contraído el pecado original. Asegura: "Dices que por esto aquéllos están bajo el dominio del diablo, porque han nacido de la unión de los dos sexos". Yo afirmo claramente que están bajo el dominio del diablo por causa del pecado mismo, y no se ven libres del pecado porque han nacido de aquella

unión que no puede realizarse, ni siquiera en lo que es honesto, sin el pudor de la concupiscencia.

Esto mismo afirmó Ambrosio, de feliz memoria, obispo de la Iglesia de Milán, cuando exponía que el nacimiento de Cristo según la carne estaba libre del pecado, porque su concepción está libre de la unión de los dos sexos. Pero que ningún hombre concebido de aquella unión está sin pecado. Estas son sus palabras: "Por esto también fue probado en todo en cuanto hombre, y lo soportó todo como los hombres. Mas, porque nació del Espíritu, careció del pecado²². En efecto, *todo hombre es mentiroso*²³, y nadie está sin pecado, sino Dios sólo. Queda a salvo que ninguno nacido de un hombre y una mujer, mediante la unión mutua de sus cuerpos, está libre de pecado. Ahora bien, el que esté libre de pecado, lo está también de este modo de concepción".

¿Es que además os vais a atrever, pelagianos y celestianos, a llamarle maniqueo? Porque eso decía el hereje Joviniano. Y, contra tamaña impiedad, aquel santo varón defendía la virginidad permanente de Santa María aun después del parto. Si, pues, no os atrevéis a llamarle maniqueo, ¿por qué razón me llamáis maniqueo a mí, que defiendo la fe católica, por la misma causa y con la misma doctrina? O más bien, si os jactáis de que aquel fidelísimo varón entendió esto según los maniqueos, ¡jactaos, jactaos hasta que llenéis más cumplidamente la medida de Joviniano! Yo por mi parte soporto con paciencia al lado de aquel hombre de Dios, vuestras maldiciones y burlas. Y, no obstante, vuestro heresiarca Pelagio alaba la fe de Ambrosio y su conocimiento tan puro de las Escrituras hasta llegar a decir que ni siquiera un enemigo se ha atrevido a reprenderle. Reflexionad vosotros hasta dónde habéis llegado y, por fin, apartaos de una vez de los atrevimientos de Joviniano. Él, a pesar de que, alabando demasiado al matrimonio, lo ha igualado con la santa virginidad, sin embargo, no ha negado que Cristo, salvador y redentor del dominio del diablo, sea necesario también a los párvulos, fruto del matrimonio. Pero vosotros sí lo negáis. Y porque me opongo a vosotros por la salvación de los que aún no tienen voz y en defensa de los fundamentos de la fe católica, ¡me acusáis de que soy maniqueo! Pero veamos ya lo que sigue.

El pecado, causa de la esclavitud

VI. 16. Plantea un nuevo interrogante: "¿Y quién dices que es el autor de los niños? ¿El Dios verdadero?" Respondo: El Dios verdadero. Luego añade: "¡Pero él no es autor del mal!"; y pregunta otra vez si el diablo es el autor de los niños, para responder de nuevo "que él no ha creado la naturaleza del hombre". Y a continuación parece que concluye y expone: "Si la unión sexual es mala, también es deforme la condición de los cuerpos, y, por lo tanto, tú atribuyes los cuerpos a un autor malo". Respuesta: Yo no atribuyo los cuerpos a un autor malo, sino los pecados, por cuya causa sucedió que, cuando todo parecía bueno en los cuerpos, como obra de Dios, les

sorprendió al varón y a la mujer lo que les avergonzaría, de suerte que su unión sexual no fuese tal como pudo ser en aquel cuerpo de vida, sino cual lo vemos, al avergonzarse, en este cuerpo de muerte.

Insiste aún: "Dios ha dividido en el sexo lo que uniría en su función. Así la mutua unión de los cuerpos procede del mismo autor de quien procede el origen de los cuerpos". Ya he respondido antes que esto procede de Dios, pero no el pecado ni la desobediencia de los mismos a causa de la concupiscencia de la carne, que no procede del Padre. Afirma además: "Así, pues, es imposible que sean malos los frutos de tantas cosas buenas, como los cuerpos, los sexos, las uniones; ni que Dios haga a los hombres, como dices tú, para que el diablo sea su dueño con legítimo derecho". Ya he contestado que los hombres no son esclavizados por ser hombres y proceder de la naturaleza, cuyo autor no es el diablo, sino porque son pecadores, y esto procede de la culpa, cuyo autor sí que es el diablo.

El hombre es la obra de Dios, no su concupiscencia

VII. 17. Entre tantas cosas buenas, como los cuerpos, los sexos y sus relaciones, éste no nombra siquiera la libido o concupiscencia de la carne. Calla porque se avergüenza de alabar, con inaudita desvergüenza del pudor, lo que se avergüenza aun de nombrar. Fíjate, finalmente, de qué modo ha preferido darla a entender con su circunloquio antes que nombrarla. Afirma: "Después que el marido conoció a su mujer por el deseo natural..." Fíjate que tampoco ha querido decir que conoció a su mujer por la concupiscencia de la carne, sino, según él, "por el deseo natural". En lo cual se puede entender aún la misma voluntad justa y honesta, por la que ha querido procrear los hijos, y no aquella concupiscencia de la que este pobre se avergüenza, hasta preferir hablar de forma ambigua antes que decir con claridad lo que piensa. ¿Qué entiende "por el deseo natural?" ¿Acaso tanto el querer estar sano como el querer tener hijos, alimentarlos y educarlos no es un deseo natural, y, por lo mismo, de la razón y no de la concupiscencia?

Pero como conozco sus intenciones, creo por eso que con estas palabras ha querido dar a entender solamente la concupiscencia de los miembros genitales. ¿O es que no te parece también a ti que estas palabras son las hojas de higuera con las cuales no oculta otra cosa que aquello que le avergüenza? Sin duda que está cubriendo con este rodeo lo mismo que aquéllos se cubrieron con ceñidores. Que siga cubriéndose y diga: "Después de que el marido se llegó a su mujer por el deseo natural, dice la Escritura divina: *Eva concibió, dio a luz un hijo, y lo llamó Caín*²⁴. Pero, afirma, oigamos lo que dice Adán: *He adquirido un hombre con la ayuda de Dios*²⁵. De donde consta que es obra de Dios el hijo que la Escritura divina asegura que ha sido adquirido con la ayuda de Dios". Y ¿quién lo duda? ¿Quién lo va a negar, sobre todo si es cristiano católico? El hombre es obra de Dios. Pero *la concupiscencia de la carne*, sin la cual, de no haber precedido el pecado, el hombre sería engendrado por los miembros genitales, obedientes a la

voluntad serena, como los demás miembros, *no procede del Padre, sino que procede del mundo*²⁶.

Dominio despótico de la concupiscencia

18. Ahora bien, te ruego que te fijes con mayor atención en el nombre que ha inventado para ocultar de nuevo lo que se avergüenza de manifestar. Porque dice: "Adán le había engendrado por la potencia de sus miembros, no por la diversidad de sus méritos"? ¿Qué ha querido decir por "la diversidad de sus méritos?" Confieso que no lo entiendo. Creo que por "la potencia de sus miembros" ha querido decir aquello que se avergüenza en manifestar con evidencia. Porque ha preferido decir "potencia de los miembros" antes que concupiscencia de la carne. Así, aunque él no lo ha pensado, ha dado a entender algo que parece referirse claramente al fondo de la cuestión. Ciertamente, ¿qué más potente que los miembros del hombre cuando no sirven a la voluntad del hombre? Y aun cuando la templanza o continencia frene un poco su uso, sin embargo, su excitación escapa al control del hombre.

Adán, pues, engendró los hijos, como dice este pobre, por esta potencia de sus miembros, de la cual se avergonzó después del pecado, antes de que los engendrara. Si no hubiese pecado, no los habría engendrado por la potencia de sus miembros, sino por la obediencia de los mismos. Ciertamente que él mismo sería potente para mandarles con la voluntad a estar sumisos si él mismo hubiese servido con la misma voluntad sumiso al que es más potente aún.

Interpretación maliciosa de la Biblia

VIII. 19. Un poco después insiste: "Dice la Escritura divina: *Adán se llegó a Eva, su mujer; concibió y dio a luz un hijo. Y lo llamó Set, pues dijo: El Señor me ha dado un descendiente a cambio de Abel, asesinado por Caín*"²⁷, y añade: "Como prueba de la institución del coito, se dice que la divinidad excitó el mismo semen". Este pobre hombre no ha entendido lo que está escrito, porque ha pensado que la frase: *El Señor me ha dado un descendiente a cambio de Abel*, fue dicha para que creyésemos que Dios excitó la concupiscencia del coito, por cuya excitación sería suscitado el semen para poder eyacularlo en el seno de la mujer. Ignora que no dijo: "Excitó en mí el semen", sino: *Me ha dado un hijo*. Finalmente, Adán no dijo esto después de su coito, cuando él eyaculó el semen, sino después del parto de su mujer, cuando recibió el hijo como un don de Dios. Efectivamente, ¿qué otra manifestación de alegría puede ser ésta, de no ser, tal vez, la de los lujuriosos y la de los que usan sus miembros con la morbosidad de la concupiscencia, lo cual prohíbe el Apóstol²⁸ cuando el semen es eyaculado con el máximo placer del coito sin que se siga la concepción o el parto, que es el verdadero fruto del matrimonio?

Contagio del pecado en la generación humana

20. Ni he querido decir por esto que haya que pensar, fuera del Dios sumo y

verdadero, en otro creador o del semen humano o del mismo hombre a partir de él; sino que este semen habría salido del hombre a voluntad con la obediencia serena de los miembros si no hubiera precedido el pecado. Y no se trata ahora de la naturaleza del hombre, sino de su vicio. En efecto, la naturaleza tiene a Dios por autor, mientras que por este vicio es contraído el pecado original. Porque si el mismo semen no tiene vicio alguno, ¿para qué está escrito en el libro de la Sabiduría: *No ignorando que era el suyo un origen perverso, y que era ingénita su maldad, y que jamás se mudaría su pensamiento. Porque era semilla maldita desde su origen?*²⁹ Sin duda que lo dice de los hombres, no importa de quiénes lo diga. ¿Cómo es *ingénita la malicia* de cualquier hombre y *la semilla maldita desde su origen* si no se refiere a aquello *que por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así se propagó a todos los hombres por quien todos pecaron?*³⁰ ¿Qué pensamiento malo del hombre es imposible cambiar jamás? Por sí solo le es imposible, pero sí lo puede con la ayuda de la gracia divina. ¿Qué otra cosa son los hombres sin su ayuda sino lo que dice el apóstol Pedro: *Como animales irracionales, naturalmente nacidos para la esclavitud y la muerte?*³¹ De donde el apóstol Pablo, recordando ambas cosas en un mismo lugar: la ira de Dios, con la cual nacemos, y la gracia, por la que somos librados, dice: *Antes procedíamos nosotros también así; siguiendo las tendencias sensuales, obedeciendo los impulsos del instinto y de la imaginación; y naturalmente éramos hijos de ira como los demás. Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo, por cuya gracia estáis salvados*³². ¿Qué quiere decir *la malicia natural* (congénita) del hombre y *la semilla maldita desde su origen, y naturalmente nacidos para la esclavitud y la muerte, y naturalmente hijos de ira?* ¿Es que esta naturaleza fue creada así en Adán? De ninguna manera, sino que, por haber sido viciados en él, se propagó y propaga ya naturalmente a todos, de manera que no le libra de esta ruina sino la gracia de Dios por Jesucristo, Señor nuestro.

La corrupción del pecado, la bondad de la naturaleza y los bienes de dios

IX. 21. ¿Qué significa aquello que nuestro acusador añadió y dijo de Noé y de sus hijos: *Creced, multiplicaos, llenad la tierra y dominadla?*³³ A estas palabras añade las suyas, diciendo: "Luego este placer que tú quieres ver como diabólico se encontraba ya en los cónyuges mencionados, el cual, por ser bueno en su institución, permanece también ahora por la bendición. Porque no cabe duda de que se lo dijo a Noé y a sus hijos acerca de esta unión sexual de sus cuerpos, cuyo uso estaba ya arraigado: *Creced, multiplicaos y llenad la tierra*".

No hay necesidad de repetir lo mismo con largas discusiones. Aquí se trata del vicio que corrompió a la naturaleza buena, y cuyo autor es el diablo; no

de la bondad de la misma naturaleza, cuyo autor es Dios, que no ha retirado su bondad ni aun de la misma naturaleza viciada y corrompida, quitando a los hombres la fecundidad, la vitalidad, la salud y la misma sustancia del alma y del cuerpo, los sentidos y la razón, los alimentos, la nutrición, el crecimiento, el cual hasta *hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia a justos e injustos*³⁴; y todo lo bueno que tiene la naturaleza humana procede del Dios bueno, incluso en aquellos hombres que no serán librados del mal.

Únicamente la concupiscencia es vergonzosa

22. Sin embargo, éste ha hablado aquí solamente del placer y no ha nombrado la concupiscencia de la carne o libido, que es vergonzosa, porque puede haber también un placer honesto. A continuación ha destapado su vergüenza, y no ha podido disimular aquello que la misma naturaleza ha impuesto con violencia, según él dice: "*También esto: Por eso abandonar el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne*"³⁵. Añadiendo a estas palabras de Dios las suyas, dice: "Para expresar su confianza en las obras, el profeta se ha acercado peligrosamente al pudor". ¡Confesión demasiado clara, arrancada por la fuerza misma de la verdad, es decir que el profeta, para expresar su confianza en las obras, ha puesto casi en peligro el pudor, porque dijo: *Serán dos en una sola carne*"³⁶, cuando quiso dar a entender la unión mutua del hombre y de la mujer! Que diga la causa por qué el profeta, al expresar las obras de Dios, llegó a poner casi en peligro el pudor! ¿Conque las obras humanas no deben ser vergonzosas, sino más bien dignas de honra y alabanza, mientras que las divinas son pudendas? Es decir, ¿que no es honrado ni el amor ni el esfuerzo del profeta por manifestar y expresar las obras de Dios, sino que se pone en peligro el pudor? ¿Qué obra ha podido hacer Dios que le avergüence decirla a su predicador, y, lo que es aún más grave, que le avergüence al hombre de alguna obra que el hombre no ha hecho, sino que la ha hecho Dios en el hombre, cuando todos los artesanos se esfuerzan, con el empeño y habilidad que pueden, en no avergonzarse de sus propias obras?

Pero ciertamente que nos avergüenza lo que avergonzó a aquellos primeros padres cuando cubrieron sus partes pudendas. Este es el castigo del pecado, ésta la herida y la marca del pecado, éste el incentivo y la seducción del pecado³⁷, ésta la ley que en los miembros lucha contra la ley del espíritu, ésta es la desobediencia que procede de nosotros contra nosotros mismos, devuelta, en justísima reciprocidad, a los desobedientes por su desobediencia. ¡Esto es lo que nos avergüenza y nos avergüenza con razón! Porque, si no fuese esto, ¿qué mayor ingratitud e impiedad nuestra que avergonzarnos en nuestros miembros no de un vicio o de un castigo nuestro, sino de las obras de Dios?

B) La concupiscencia y la generación en Abrahán

Isaac, el hijo de la promesa

X. 23. Todavía afirma muchas inutilidades sobre Abrahán y Sara, cómo recibieron el hijo de la promesa, para nombrar por fin a la concupiscencia, sin añadir "de la carne", porque se avergüenza. En cambio, otras veces llega a fanfarronear con este nombre de concupiscencia, porque existe también la concupiscencia del espíritu contra la carne³⁸, y también la concupiscencia de la sabiduría. Así, pues, asegura: "Es cierto que esta concupiscencia, sin la cual no hay fecundidad alguna, la has definido como naturalmente mala. ¿De dónde procede que es excitada en los ancianos bajo la apariencia de don celeste? Demuestra ya, si puedes, que esto que tú comprendes bien que Dios lo da como premio pertenece a la obra del diablo".

Así, habla como si la concupiscencia de la carne no hubiese estado presente antes en ellos, y Dios se la hubiera dado. Ya había estado presente en este cuerpo de muerte. Lo que le faltó fue la fecundidad, cuyo autor es Dios y que se la dio cuando él quiso. ¡Nada más lejos que afirmar lo que se ha creído que iba a decir: que Isaac fue engendrado sin el ardor de la unión sexual!

La circuncisión, sacramento de fe y figura del bautismo

XI. 24. Que diga ya por qué sería borrado de su pueblo de no haber sido circuncidado al octavo día. ¿En qué habría pecado? ¿En qué habr'a ofendido a Dios para ser castigado con una sentencia tan severa por una negligencia ajena en contra suya si no hubiese pecado original alguno? Porque Dios lo ordenó así sobre la circuncisión de los niños: *Todo varón que no circuncidare la carne de su prepucio al octavo día será borrado de su pueblo, porque ha roto mi pacto*³⁹. Que lo diga, si puede, cómo aquel niño podía romper el pacto de Dios a los ocho días. Qué es lo que le toca propiamente a él, niño inocente; y, sin embargo, Dios o la Escritura santa en modo alguno lo diría con mentira. Entonces es que pudo romper el pacto de Dios, no éste sobre el precepto de la circuncisión, sino aquél, sobre el árbol prohibido: *Cuando por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así se propagó a todos los hombres por aquel en quien todos pecaron*⁴⁰. Y esto significaba en aquel niño la expiación por medio de la circuncisión al octavo día, es decir, por el sacramento del Mediador que tendría que venir en la carne; porque por la misma fe en Cristo, que iba a venir en la carne y que iba a morir por nosotros y a resucitar al tercer día -que después del séptimo, el sábado, sería el octavo-, también los justos antiguos eran salvados. Porque *fue entregado por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación*⁴¹.

En efecto, desde que fue instituida la circuncisión en el pueblo de Dios, que era entonces la señal de la justificación por la fe, tenía valor para significar la purificación del pecado original antiguo también para los párvulos, por lo mismo que el bautismo comenzó a tener valor también para la renovación del hombre desde el momento en que fue instituido. No que antes de la

circuncisión no hubiese justicia alguna por la fe -porque el mismo Abrahán, padre de las naciones que habían de seguir su misma fe, fue justificado por la fe cuando todavía era incircunciso-, sino que el sacramento de la justificación por la fe estuvo oculto del todo en los tiempos más antiguos. Sin embargo, la misma fe en el Mediador salvaba a los antiguos justos, pequeños y grandes; no el Antiguo Testamento, que engendra para la esclavitud ⁴²; ni la ley, que no fue dada para poder producir vida ⁴³, sino *la gracia de Dios por Jesucristo, Señor nuestro* ⁴⁴. Porque del mismo modo que nosotros creemos que Cristo vino en la carne, así ellos creían que iba a venir; como nosotros creemos que murió, ellos creían que había de morir; como nosotros creemos que resucitó, así ellos creían que habría de resucitar. Y tanto nosotros como ellos creemos que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

¡Que este pobre no impida su propia salvación defendiendo malamente a la naturaleza humana, porque todos nacemos bajo el dominio del pecado y somos librados por uno solo: aquel que ha nacido sin pecado!

La fecundidad no evita el pecado original

XII. 25. Prosigue: "Esta cópula de los cuerpos con pasión, con placer, con semen, es aprobada como hecha por Dios y laudable en su justa medida, porque a veces hasta los justos cumplen un importante deber". Ha dicho "con pasión", ha dicho "con placer", ha dicho "con semen"; sin embargo, no se ha atrevido a decir "con concupiscencia".

¿Por qué sino porque se avergüenza de nombrar a la que no se avergüenza de alabar? La propagación fecunda de los hijos es deber de los justos, no la excitación vergonzosa de los miembros, que la naturaleza íntegra no la tendría al engendrar los hijos, pero que ahora la tiene la naturaleza caída. Por esta razón, el que nace de ella necesita renacer para ser miembro de Cristo; y, si ha renacido, también el que nace de él necesita ser librado de aquella ley del pecado que está *en este cuerpo de muerte*.

Siendo esto así, ¿cómo es que añade: "No tiene más remedio que confesar que el pecado original, que tú habías inventado, ha desaparecido?" Yo no he inventado el pecado original que la fe católica confiesa desde antiguo, sino que tú, porque lo niegas, eres, sin duda, un nuevo hereje. Al contrario, todos los engendrados con el pecado están, por justo juicio de Dios, bajo el dominio del diablo mientras no sean regenerados en Cristo.

Error sobre el modo de entender la concupiscencia en la generación

XIII. 26. Como venía hablando de Abrahán y de Sara, ha añadido: "Porque, si tú has dicho que la cópula existía en ellos y no había prole, voy a responder: No es la cópula, que el Creador prometió y el Creador dio, la obra de Dios, sino el hijo que nace es la obra de Dios. En efecto, el que hizo al primer hombre del polvo, también hace a todos los demás de su semilla ⁴⁵. Luego como entonces el barro, que empleó como materia, no fue el autor del

hombre, así ahora la fuerza del placer formadora y copuladora del semen, no completa del todo la operación, sino que de los tesoros de la naturaleza suministra a Dios la materia, y de ella Dios se digna hacer al hombre".

Todo esto que ha dicho, menos lo de que el semen se forma y se une por el placer, sería bueno si se apoyara en ello para defender el sentido católico. Pero como sé qué es lo que trama con ello, resulta en realidad que pervierte aun lo que es bueno. Sí admito que lleva razón en lo que dice, excepto en este punto concreto; y eso porque el placer de la concupiscencia carnal no forma el semen, sino que éste, ya creado en los cuerpos por el Dios verdadero, que ha creado también los mismos cuerpos, no es producido por el placer, sino que es excitado y eyaculado con placer. En cuanto a si el semen de los dos sexos se fusiona con placer en el útero femenino y cómo sucede, que juzguen las mujeres qué es lo que sienten en lo secreto de sus entrañas. No nos parece delicado a los demás ser curiosos injustificadamente hasta estas cosas. Sin embargo, aquella concupiscencia vergonzosa - y por esto a los mismos miembros se les llama vergüenzas- no existió en aquel cuerpo de vida del paraíso antes del pecado, sino que comenzó a existir en este cuerpo de muerte por la desobediencia, que recibió el pago debido a la desobediencia después del pecado. Sin aquella concupiscencia habría podido consumarse la obra de los cónyuges en la generación de los hijos, como se realizan otras muchas obras con la obediencia de los demás miembros sin aquella pasión, movidos por orden de la voluntad y no agitados por la fogosidad de la concupiscencia.

Una objeción, mal tomada de la Biblia, contra el pecado original

27. Fíjate en lo que sigue cuando dice: "La autoridad del Apóstol también lo confirma, porque San Pablo, cuando habla de la resurrección de los muertos, dice: *Tonto, lo que tu siembras no recibe la vida* ⁴⁶; y más abajo: *Y Dios le da el cuerpo según ha querido, a cada una de las semillas el propio cuerpo* ⁴⁷. Luego si Dios -prosigue- da a la semilla humana su propio cuerpo, como a todas las cosas, lo cual no niega nadie que sea prudente o piadoso, ¿cómo vas a probar que todo nacido es culpable? Finalmente, te ruego que adviertas en qué lazos queda atrapada tu afirmación del pecado ingénito". Y sigue: "Pido que te vaya a ti, en verdad, más suavemente. Créeme que Dios te hizo a ti también, aunque hay que confesar que un grave error te ha inficionado. Porque ¿qué cosa más profana puede afirmarse: o que Dios no ha creado al hombre, o que, según dices, lo creó para el diablo, o que, sin duda, el diablo fabricó una imagen de Dios, esto es, el hombre, lo cual hay que reconocer que no es menos insensato que impío?" Y continúa: "¿Tan impotente y tan cínico es Dios, que no ha tenido qué darles como premio a los hombres santos sino lo que el diablo ha escanciado a sus víctimas en el vicio? ¿Quieres saberlo? Pues está probado que Dios ha dado, aun a los que no son santos, esta potencia para la procreación. Así, en aquel tiempo, cuando Abrahán, temeroso de un pueblo bárbaro, dice que Sara, siendo su

mujer, es hermana suya, se refiere que Abimelec, rey de aquel territorio, la tomó para su uso en la noche ⁴⁸. Pero Dios, que cuidaba de la honra de esta santa mujer, apareciéndose en sueños a Abimelec, refrenó la audacia del rey, amenazándole de muerte si proseguía en violar el matrimonio. Entonces responde Abimelec: '*Señor, ¿matarías así al inocente? ¿No me han dicho ellos que son hermano y hermana?*' ⁴⁹ Después se levantó Abimelec por la mañana y tomó mil monedas de plata, ovejas, terneros, criados y criadas, y se los dio a Abrahán, y le devolvió su mujer intacta. Abrahán rogó a Dios por Abimelec, Dios curó a Abimelec, a su mujer y a sus criadas" ⁵⁰. ¿A qué viene esta narración tan prolija? Atiende brevemente a lo que ha añadido a continuación: "Por la oración de Abrahán, Dios curó la potencia de la función misteriosa que había quitado a todo útero de la servidumbre, *pues Dios había cerrado enteramente todo útero en la casa de Abimelec*" ⁵¹. Insiste: "considera, pues, si debe ser llamado naturalmente malo lo que a veces quita Dios irritado y devuelve aplacado". Y añade: "*f*l es quien hace los hijos tanto de los justos como de los impíos, porque el ser progenitores pertenece a la naturaleza, que goza de Dios como autor; pero el ser impíos pertenece a la depravación de sus pasiones, la cual contagia a cada uno según su libre voluntad".

Respuesta de San Agustín: "La cita de San Pablo ha sido mutilada"

XIV. 28. Respondo a todo esto tan prolijo que él ha expuesto que los testimonios divinos aducidos por él no dicen nada sobre la concupiscencia vergonzosa, que, repito, no existió en el cuerpo de los bienaventurados cuando *estaban desnudos y no se avergonzaban* ⁵². Porque, en primer lugar, la cita del Apóstol se refiere a las semillas de las gramíneas, que primero mueren para fructificar después. Sentencia nada menos que del Apóstol, que no sé por qué este hombre no ha querido completar. Puesto que la ha recordado hasta este lugar: *Tonto, lo que tú siembras no recibe la vida*. Y el Apóstol añade: *Si antes no muere* ⁵³. En cambio, según creo, éste ha preferido que quienes lean esto y desconozcan o no recuerden las santas Escrituras entiendan de la semilla humana lo que el Apóstol ha dicho de las gramíneas. Aún más, no sólo ha mutilado esta sentencia al no añadir: *si antes no muere*, sino que también ha omitido lo que sigue, donde el Apóstol ha declarado de qué semillas estaba hablando. Efectivamente dice: *Y, al sembrar, no siembras lo mismo que va a brotar después, sino un simple grano, de trigo, por ejemplo, o de otra planta* ⁵⁴. Omitiendo esto, ha empalmado lo que el Apóstol dice después: *Y Dios le da el cuerpo según quiere, a cada una de las semillas el propio cuerpo* ⁵⁵; como si el Apóstol hubiese dicho del hombre que hace el coito: *Tonto, lo que tu siembras no recibe la vida*, dando así a entender que no es el hombre el que siembra los hijos por el acto conyugal, sino Dios quien da la vida a la semilla humana. En este sentido lo había explicado antes que "aquel placer no cumple el destino de la acción, sino que de los tesoros de la naturaleza le ofrece a Dios la

materia con la que se digna producir al hombre"; y ha añadido el testimonio del Apóstol, como si hubiese querido decir esto: *Tonto, lo que tú siembras no recibe la vida*; esto es, no recibe la vida de ti, sino que Dios produce el hombre de tu semilla, como si el Apóstol no hubiese dicho las palabras intermedias que éste ha omitido. He aquí su sentencia completa, como si hablase de la semilla humana: *Tonto, lo que tú siembras no recibe la vida. Y Dios le da el cuerpo según quiere, a cada una de las semillas su propio cuerpo*⁵⁶. A continuación de estas palabras del Apóstol introduce las suyas así: "Por consiguiente, Dios da al semen humano su propio cuerpo, como a todas las cosas, y esto lo admiten tanto los prudentes como los piadosos". ¡Como si el Apóstol en este testimonio hubiese hablado de la semilla humana!

Interpretación falsa de la cita del Apóstol

29. ¿Qué es lo que pretende con este truco? Cuando lo examino con atención, no consigo descubrir sino que ha querido tomar al Apóstol como testigo para probar, como también yo lo afirmo, que Dios hace al hombre de semillas humanas. Y, al no acudir en su ayuda ningún testimonio, ha abusado fraudulentamente de éste, con evidente temeridad de que, si se probaba que las palabras del Apóstol no se habían referido a las semillas humanas, sino a las gramíneas, quedaría advertido por este lado para refutar al acusador vergonzoso y desvergonzado predicador no de una voluntad religiosa, sino del placer libidinoso. ¡Sin duda que el pobre puede ser refutado por las mismas semillas que los agricultores siembran en los campos! Efectivamente, ¿por qué no voy a creer que Dios en el paraíso pudo conceder al hombre feliz, en cuanto a su semen, lo que vemos concedido a los agricultores en cuanto a la semilla del trigo, de tal modo que la pudiesen sembrar sin pasión vergonzosa alguna, obedeciendo los órganos genitales a una orden de la voluntad, como siembran las manos de los agricultores obedientes a una orden de la voluntad sin pasión vergonzosa alguna, siendo en los progenitores el deseo de engendrar hijos mucho más honesto que en los labradores el de llenar los graneros? ¿Y que luego el Creador omnipotente, por su omnipresencia siempre pura y por su poder creador, obrase en la mujer con el semen de los hombres, según su voluntad, lo mismo que ahora lo hace, como obra en la tierra con las semillas de las gramíneas, según su voluntad, para que las madres concibiesen sin placer pasional, pariesen sin gemido angustioso, puesto que en aquella felicidad y con un cuerpo todavía sin esta muerte, aunque sí con aquella vida, las mujeres no tendrían nada de qué avergonzarse al recibir el semen, como tampoco tendrían nada que les causase dolor al dar los hijos a luz?

Quien no cree o no quiere que se crea posible a la voluntad y la benignidad de Dios el conceder todo esto a los hombres en aquella felicidad del paraíso antes de todo pecado, no es alabador de la fecundidad deseable, sino amador de la pasión vergonzosa.

El caso traído sobre Abimelec está fuera de lugar

XV. 30. Igualmente, ¿a qué viene el otro testimonio, tomado del libro divino, que ha propuesto sobre Abimelec, cuando Dios quiso cerrar todo útero en su casa para que no pariesen sus mujeres, y de nuevo lo abrió para que pariesen? ¿Qué tiene que ver esto con la concupiscencia vergonzosa de que se trata? ¿O es que Dios se la quitó a aquellas mujeres y se la devolvió cuando quiso? Sin embargo, el castigo consistió en que no pudiesen tener hijos, y el beneficio en que pudiesen tenerlos según es normal en esta carne corruptible. Porque Dios no concedería a este cuerpo de muerte un beneficio tal, cual no lo tendría sino aquel cuerpo de vida en el paraíso antes del pecado, para que se produjese tanto la concepción sin el prurito de la concupiscencia como el parto sin el tormento del dolor. ¿Por qué, pues, yo no entiendo que, cuando la Escritura dice precisamente que todo útero fue cerrado desde el exterior, lo hizo con algún dolor para que las mujeres no pudiesen realizar la cópula, dolor que fue infligido por una decisión de Dios y quitado por su misericordia? Puesto que si la concupiscencia fue quitada para impedir la fecundación de la prole, tenía que ser quitada a los varones, no a las mujeres.

En efecto, la mujer podría aceptar la cópula voluntariamente aun sin el placer que la estimulase, a condición de que no le faltase al varón para ser excitado. ¡A no ser que venga a decir tal vez, porque está escrito, que el mismo Abimelec también fue curado y que le fue devuelta la concupiscencia viril! Y si le fue quitada, ¿qué necesidad tuvo de ser amonestado a que no se uniese a la mujer de Abrahán? Pero dice que fue sanado porque toda su casa fue curada de aquel castigo.

Los pelagianos se olvidan de la Providencia en el problema del mal

XVI. 31. Pasemos ya a examinar ahora las tres cuestiones propuestas. Y diga lo que haya dicho yo de las tres, él afirma que no se puede decir nada más impío que o que Dios no hizo al hombre, o que lo hizo para el diablo, o que ciertamente fue el diablo quien fabricó una imagen de Dios, esto es, al hombre. Él mismo reconoce que ni la primera ni la tercera de estas tres cuestiones son afirmaciones más, de no ser un simplón o un terco. El planteamiento, por lo tanto, queda centrado en la segunda cuestión. Y éste es el error: su creencia de que es opinión mía que Dios hizo al hombre para el diablo. ¡Como si, en los hombres que Dios crea de sus progenitores, Dios intentase, procurase y dispusiese, como fin y plan de su obra, el que el diablo posea de hecho como esclavos a los que él mismo no puede hacer para su bien! ¡Nada más lejos de que pueda sospechar semejante cosa! ¡Ni la concepción religiosa más infantil! Dios hizo a los hombres por su bondad; a los primeros, sin pecado; a los demás, bajo el dominio del pecado, para la realización de sus profundos designios. En efecto, él sabe lo que ha de hacer con la misma malicia del diablo; y lo que él hace es lo justo y lo bueno, aunque sea injusto y malo aquel de quien lo hace. A pesar de todo, no quiso

dejar de crearle, aunque sabía de antemano que iba a venir el mal. De esta manera, a la vista de todo el género humano y aunque ningún hombre vaya a nacer sin la mancha del pecado, el que es sumamente bueno obra el bien al hacer a unos como vasos de misericordia: a los que la gracia separa de aquellos que son vasos de ira; a otros, como vasos de ira, *para hacer ostentación de las riquezas de su gloria sobre los vasos de su misericordia*⁵⁷. ¡Que vaya ahora éste también contra el Apóstol, de quien es esta sentencia, y que argumente al mismo Alfarero! Ya que el Apóstol le prohíbe contradecir cuando dice: *¡Hombre! ¿Quién eres tú para pedir cuentas a Dios? ¿Acaso dice el vaso al alfarero: "Por qué me has hecho así?" ¿O es que no puede el alfarero hacer del mismo barro un vaso para usos honorables y otro para usos viles?*⁵⁸ ¿O es que niega que los vasos de ira están bajo el dominio del diablo? O porque están bajo el dominio del diablo, ¿el que los hace es distinto de aquel que hace los vasos de misericordia? ¿O de algún modo no los hace tampoco de la misma materia?

Que concluya ahora, por lo tanto: ¡luego Dios hace vasos para el diablo! ¡Como si Dios no supiese servirse de ellos para sus obras justas y buenas, igual que se sirve del mismo diablo!

Dios se sirve bien de los malos para mostrar las riquezas de su gloria

XVII. 32. ¿Será también que apacienta para el diablo a los hijos de la perdición, los cabritos de la izquierda, y que los alimenta y viste para el diablo, porque *hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia a justos e injustos?*⁵⁹ Crea a los malos, lo mismo que los apacienta y alimenta, porque lo que les da al crearlos pertenece a la bondad de la naturaleza y lo que les da al apacentarlos y alimentarlos pertenece no ciertamente a su malicia; al contrario, es una ayuda buena a la naturaleza, también buena, creada por el que es Bueno.

Efectivamente, en cuanto que son hombres, es un bien de la naturaleza, cuyo autor es Dios. En cuanto que nacen con el pecado, pereciendo si no renacen, pertenecen a la *semilla maldita desde su origen*⁶⁰ por el vicio de aquella desobediencia antigua. Del cual, sin embargo, se sirve bien el Hacedor, aun de los vasos de ira, *para hacer ostentación de las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia*⁶¹, a fin de que no lo atribuya a sus propios méritos si alguien que pertenece a la misma masa es librado por la gracia, sino, más bien, *el que se gloría, que se gloríe en el Señor*⁶².

Gravedad de la herejía pelagiana

XVIII. 33. Este nuestro adversario, apartándose con los pelagianos de la fe apostólica y católica, no quiere que los que nacen estén bajo el dominio del diablo, para que los párvulos no sean llevados a Cristo⁶³, arrancados de la potestad de las tinieblas y trasladados a su reino. Y especialmente acusa a la Iglesia extendida por el mundo entero, donde todos los infantitos en el

bautismo reciben en todas partes el rito de la insuflación no por otra razón sino para arrojar fuera de ellos al príncipe del mundo ⁶⁴, bajo cuyo dominio necesariamente están los vasos de ira desde que nacen de Adán si no renacen en Cristo y son trasladados a su reino una vez que hayan sido hechos vasos de misericordia por la gracia.

Al chocar contra esta verdad tan fundamental, para no dar la impresión de que ataca a la Iglesia universal de Cristo, en cierta manera me habla a mí solo; y, como corrigiéndome y amonestándome, dice: "Dios también te hizo a ti, pero hay que confesar que un grave error te ha envenenado". Ciertamente, yo reconozco que Dios me ha hecho y le doy gracias, porque a pesar de todo, si sólo me hubiese hecho de Adán y no me hubiese rehecho en Cristo, habría perecido con los vasos de ira.

Como este pobre poseo de la impiedad pelagiana no lo cree, si se obstina en tan gran mal hasta el final, ¡que vean, no él, sino los católicos, la naturaleza y la gravedad del error, que no sólo le ha envenenado, sino que le ha matado por completo!

C) El matrimonio es un bien, y la concupiscencia, un mal

Introducción

a) La objeción de Juliano contra el pecado original

XIX. 34. Atiende a lo siguiente. Dice: "Los hijos del matrimonio son naturalmente buenos, como nos lo enseña el Apóstol al hablar de los hombres perversos: *Dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones, cometiendo torpezas* ⁶⁵. Aquí enseña que el uso de la mujer es natural y, en su justa medida, también laudable, pero que la acción vergonzosa proviene de la propia voluntad contra el pudor de su institución. Con razón pues -continúa-, es alabado el origen de la concupiscencia y su moderación en los que usan rectamente, y castigado su desenfreno en los impúdicos. Finalmente, por el mismo tiempo en que Dios castigó los miembros impúdicos en Sodoma con una lluvia de fuego, Dios reanimó los miembros de Abrahán y de Sara, marchitos por la edad ⁶⁶.

Si, por tanto -insiste-, crees que hay que acusar como falta el vigor de los miembros, puesto que por su causa perecieron los sodomitas en sus infamias, también tendrás que acusar a la criatura del pan y del vino, puesto que la Escritura divina ha hecho saber que por esta parte ellos también pecaron. Porque el Señor dice por el profeta Ezequiel: *Mira cuál fue la iniquidad de Sodoma, tu hermana: tuvo soberbia, hartura de pan y abundancia de vino, ella y sus hijas. No dio la mano al pobre ni ayudó al desvalido* ⁶⁷. Elige ya -prosigue- qué prefieres: o atribuir como mala a la obra divina la cópula de los cuerpos, o declarar que es igualmente mala la naturaleza del pan y del vino. Si lo haces, quedarás convencido claramente

de que eres un maniqueo. Pero el que guarda la medida justa de la concupiscencia congénita, usa rectamente de un bien; el que no guarda la medida justa, usa mal de un bien. Por lo tanto. ¿qué es lo que dices? -continúa-; ¿que no puedes acusar al bien del matrimonio por el mal original que se contrae por él así como no puedes excusar el mal de los adulterios por el bien natural que de allí nace? Con estas palabras -concluye- has concedido lo que habías negado, has sustraído lo que habías concedido, y no te esfuerces más en ser poco inteligible. ¡Presenta un solo matrimonio corporal sin cópula o ponle un nombre cualquiera a esta obra, y llámale matrimonio, sea bueno o sea malo! Has prometido en serio definir el matrimonio como bueno. Si el matrimonio es bueno; si el hombre, fruto del matrimonio, es bueno; si este fruto, como obra de Dios, no puede ser malo, porque nace de un bien por un medio bueno ¿dónde está, pues, el mal original, quitado ya del medio por tantos prejuicios?"

b) Respuesta de Agustín: en cuanto al uso natural, según San Pablo

XX. 35. Respondo: No solamente los hijos del matrimonio, sino también los del adulterio, son un bien según la obra de Dios por la que son creados. En cambio, el pecado original nace del primer Adán en estado de condenación no sólo cuando los hijos son engendrados de un adulterio, sino también cuando lo son de un matrimonio, a no ser que sean regenerados en el segundo Adán, que es Cristo.

En cuanto a lo que el Apóstol dice de los hombres perversos: *Dejado el uso natural de la mujer, se abrasaron en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones cometiendo torpezas*⁶⁸, no lo llama uso conyugal, sino *uso natural*, dando a entender que se realiza con los miembros creados para eso, de modo que por ellos los dos sexos puedan unirse para engendrar. Por esta razón, cuando alguno se une con los mismos miembros aun a una meretriz, el uso es natural; y, sin embargo, no es laudable, sino reprobable. Pero, si alguno usa, aunque sea su esposa, de una parte del cuerpo que no ha sido ordenada para la generación, es un acto contra naturaleza y vergonzoso. En fin, el mismo Apóstol ha dicho antes a propósito de las mujeres: *Pues sus mujeres mudaron el uso natural en el uso que es contra naturaleza*⁶⁹. Y a continuación habla de los varones que realizaban torpezas con los varones, dejando el uso natural de la mujer.

Por consiguiente, con este nombre, *uso natural*, no es alabada la cópula conyugal, sino que son denunciadas las acciones vergonzosas, mucho más inmundas e infames que si hubiesen usado de las mujeres aun ilícitamente, pero de un modo natural.

c) Respuesta en cuanto al pan y al vino de que habla Ezequiel

XXI. 36. En cuanto al pan y al vino, no los critico por los glotones y los borrachos, como tampoco al oro por los ambiciosos y avaros. Ni critico, por lo tanto, la cópula honesta de los cónyuges por la concupiscencia vergonzosa

de los cuerpos. Efectivamente, de no haber precedido la consumación del pecado, hubiera podido existir, sin tener que avergonzarse los casados⁷⁰. De aquí que, aun cuando usen bien y lícitamente de este mal, ha quedado, para los casados posteriores, el tener que evitar las miradas humanas en su realización, y el tener que confesar así algo que es vergonzoso, cuando a nadie debe avergonzar lo que es bueno.

De este modo quedan insinuadas estas dos cosas: el bien de la cópula digna de alabanza, que engendra a los hijos, y el mal de la concupiscencia vergonzosa, por la que los que son engendrados tienen que ser regenerados para que no se condenen.

Así, pues, el que yace lícitamente con la concupiscencia vergonzosa, usa bien de un mal; en cambio, el que yace ilícitamente, usa mal de un mal. Porque más exactamente se llama mal, que no bien, a aquello de lo que se avergüenzan tanto los malos como los buenos; y mejor creo a quien ha dicho: *Sé muy bien que es bueno eso que habita en mí, es decir, en mi carne*⁷¹ que a este otro que llama bueno a esto que, si se equivoca, confiesa que es malo. Pero que, si no se equivoca, ¡añade a su desvergüenza un mal peor!

Con toda razón he afirmado "que el bien del matrimonio no puede ser acusado de este modo por el mal original que se contrae por él, así como el mal de los adulterios y de las fornicaciones no puede ser excusado por el bien natural que de allí nace", porque la naturaleza humana, que nace ya del matrimonio, ya del adulterio, es obra de Dios. Y, si fuese mala, no sería engendrada, y, si no tuviese el mal, no sería regenerada.

Para concluir todo con una sola palabra: si la naturaleza humana fuese un mal, no sería posible salvarla. Y, si no hubiese en ella nada malo, no sería necesario salvarla. Luego quien afirma que no es un bien, niega que es bueno el creador que la ha creado. Y el que niega que en ella existe el mal, priva a la naturaleza viciada del salvador misericordioso.

En consecuencia, tratándose de los hombres que nacen, no hay que excusar a los adulterios por el bien que de allí ha creado el Creador bueno, ni hay que acusar a los matrimonios por el mal que allí sana el Salvador misericordioso.

Más objeciones y respuestas

XXII. 37. Insiste: "Preséntame un matrimonio corporal sin cópula". Yo no presento matrimonio corporal alguno sin cópula, como tampoco él presenta la misma cópula sin pudor. En el paraíso, de no haber precedido el pecado, cierto que no hubiese habido generación sin la cópula de ambos sexos, pero la cópula habría sido sin confusión pudorosa. Sin duda que habría existido en la cópula una obediencia serena de los miembros, no la pasión vergonzosa de la carne. Así, pues, el matrimonio es un bien de donde nace el hombre engendrado ordenadamente; y el fruto del matrimonio es bueno, esto es, el

mismo hombre que nace de ese modo. En cambio, el pecado es un mal con el cual nace todo hombre. Dios es quien ha hecho y quien hace al hombre, pero *por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y la muerte se propagó a todos los hombres por aquel en quien todos pecaron* ⁷².

La vieja táctica de los herejes: la acusación falsa

XXIII. 38. Sigue: "Con un nuevo estilo de discutir te confiesas católico y favoreces a Manés afirmando que el matrimonio es, a la vez, un gran bien y un gran mal". No sabe en absoluto lo que dice o disimula no saberlo. En todo caso, o no lo entiende o no quiere que se entienda lo que digo. Con todo, si no lo entiende, es que se lo impide el señorío en él del error y, si no quiere que se entienda lo que digo, es el vicio de la obstinación el que le obliga a defender su propio error.

También Joviniano, que hace unos años se empeñó en fundar una nueva herejía, afirmaba que los católicos favorecían a los maniqueos porque, en contra de él, preferían la santa virginidad al matrimonio. Este pobre tendrá que responder que no opina lo mismo que Joviniano sobre la equivalencia del matrimonio y de la virginidad. Tampoco digo yo que estos pobres lo entiendan así. Sin embargo, los nuevos herejes deben reconocer por medio de Joviniano, que acusa a los católicos de maniqueos, que su táctica no es nueva.

Nosotros decimos que el matrimonio es un bien y no un mal. Pero así como los arrianos nos acusan de sabelianos, aunque no digamos que el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son una y la misma persona, como dicen los sabelianos, sino que decimos que es una y la misma naturaleza la del Padre: y del Hijo, y del Espíritu Santo, según afirman los católicos: del mismo modo, los pelagianos nos acusan de maniqueos, aunque no digamos que el matrimonio es un mal, como dicen los maniqueos, sino que decimos que el mal primero de los hombres ocurrió a los primeros cónyuges, y de allí se propagó a todos los hombres, como dicen los católicos. Y como los arrianos, queriendo huir de los sabelianos, cayeron en algo peor, porque se atrevieron a distinguir no las personas de la Trinidad, sino las naturalezas, lo mismo los pelagianos, tratando de evitar el contagio perverso de los maniqueos, se ven obligados a admitir, a propósito del fruto del matrimonio, cosas más perniciosas que los mismos maniqueos, porque creen que los párvulos no necesitan a Cristo como médico.

Obstinación y confusionismo

XXIV. 39. Sigue diciendo: "Tú afirmas que el hombre, cuando nace de la fornicación, no es culpable; cuando nace del matrimonio, no es inocente. Porque esto se desprende de lo que has dicho: que el bien natural puede subsistir en los adulterios y que el mal original es contraído también en el matrimonio". Se empeña inútilmente en confundir lo que está claro. ¡Lejos de

mí afirmar que el hombre, si nace de la fornicación, no es culpable, sino que afirmo que el hombre, sea que nace del matrimonio, sea que nace de la fornicación, es un bien como efecto del autor de la naturaleza, que es Dios, y que contrae un mal a causa del pecado original!

Así, pues, lo que digo: que el bien natural puede subsistir también en los adulterios y que el mal original se contrae aun en el matrimonio, no llega al extremo adonde él se empeña en llegar: que no se nace culpable de los adulterios, ni inocente del matrimonio, sino que en ambos casos se hace reo por la generación a causa del pecado original, y uno y otro tienen que ser absueltos por la regeneración a causa del bien de la naturaleza.

D) Matrimonio y pecado original

Culpabilidad de los adúlteros y alabanza de la fecundidad

XXV. 40. "Una de estas dos proposiciones -dice- es verdadera, la otra falsa". Voy a responder con la misma brevedad: Sí y aún más. Las dos son verdaderas y ninguna falsa. Continúa: "Es verdadera: que el hombre nacido de un adulterio no puede excusar la culpa de los adúlteros, porque lo que ellos han hecho pertenece al vicio de la voluntad; pero lo que han engendrado tiene relación con la fecundidad digna de alabanza. Porque, si alguno siembra trigo robado, la mies no nace culpable por eso. Y así, insiste, que yo censuro al ladrón pero que alabo el sembrado. Que declaro que es inocente el que nace por la generosidad de las semillas, al decir del Apóstol: *Dios le da un cuerpo como quiere, a cada una de las semillas su propio cuerpo*⁷³; pero que condeno al hombre criminal que ha pecado por la perversidad de su intención".

Una objeción: el pecado original, ¿hace malo el matrimonio?

XXVI. 41. A todo esto añade y dice: "Por su parte, si el mal se contrae totalmente del matrimonio, puede ser acusado, no puede ser excusado, y tú colocas su obra y su fruto bajo el dominio del diablo, porque toda causa del mal no es partícipe del bien. Insiste: "Pero el hombre que nace del matrimonio se hace reo no por los delitos, sino por la generación. En cuanto a la causa de la generación, está en la condición de los cuerpos: quien usa mal de ellos vicia la responsabilidad del bien, no su origen. Aparece, pues, suficientemente claro -prosigue- que el bien no es la causa del mal. Si el mal original se contrae por el matrimonio, el contrato matrimonial es causa de un mal; y es necesario que sea un mal aquello por lo cual y de lo cual se ha originado un fruto malo, según dice el Señor en el Evangelio: *El árbol se conoce por sus frutos*"⁷⁴. Y concluye: "¿Cómo crees tú que se te puede oír cuando dices que es bueno el matrimonio, del que defines claramente que no sale otra cosa que el mal? Pues es evidente que los matrimonios son culpables si el pecado original procede de allí; ni es posible su defensa si su fruto no es claramente inocente. Pero el matrimonio es tenido y declarado como bueno, pues su fruto es claramente inocente".

Respuesta de san Agustín en general

42. Antes de responder a todo esto, quiero advertir al lector que todos éstos no persiguen otra cosa sino evitar que el Salvador sea necesario para los niños, a quienes niegan que tengan en absoluto pecados de los que deben ser salvados. Tamaña perversidad, enemiga de gracia de Dios tan importante, dada por Jesucristo, Señor nuestro, *que ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido*⁷⁵, se empeña en insinuarse en los corazones de los pocos juiciosos con la alabanza de las obras divinas, como son la naturaleza humana, el semen, el matrimonio, la cópula de los dos sexos, la fecundidad, porque todas son buenas. Por cierto que yo no quiero nombrar la alabanza de la concupiscencia, porque hasta él mismo se avergüenza en nombrarla, de manera que parece que no alaba a la concupiscencia misma, sino a cualquier otra cosa.

De este modo, los males que sucedieron a la naturaleza al no ser distinguidos de la bondad de la naturaleza misma, no demuestra que sea sana porque es falso, sino que no permite que sea curada como enferma. Por eso, lo que he dicho: "que no puede ser excusado el mal de los adulterios por el bien que nace de ellos, es decir, el hombre", reconoce que es verdadero; y este punto, sobre el que no hay cuestión alguna entre los dos, él lo añade y confirma también, como puede, con la semejanza del ladrón que siembra trigo robado, del que nace ciertamente una mies buena.

En cuanto a la segunda afirmación: "el bien del matrimonio no puede ser acusado de este modo por el mal original que es contraído por él", no quiere admitir que esto sea verdadero, porque, si lo admitiese, no sería hereje pelagiano, sino cristiano católico. "En suma -dice-, si el mal se contrae del matrimonio, se le puede acusar, no excusar. Y tú colocas a su obra y a su fruto bajo el dominio del diablo, porque toda causa del mal está desprovista de bien". Y conforme a esto ha urdido el resto para probar que la causa del mal no puede ser un bien; y por eso, que el matrimonio, que es un bien, no es causa del mal. Y, por lo tanto, que es absolutamente imposible que nazca de él un pecador, necesitado de un salvador. ¡Como si yo afirmase que el matrimonio es la causa del pecado! Aunque el hombre que nace de él naciese con pecado, el matrimonio fue instituido para engendrar, no para pecar. Por lo cual procede del Señor aquella bendición del matrimonio: *Creced, multiplicaos y llenad la tierra*⁷⁶.

En cuanto al pecado que los recién nacidos contraen del matrimonio, no pertenece a él, sino al mal que concurre en los hombres, por cuya unión existe el matrimonio. Realmente, el mal de la concupiscencia vergonzosa puede existir también sin matrimonio, como pudo existir el matrimonio sin ella; pero pertenece a la condición no de aquel cuerpo de vida, sino de éste de muerte, de tal modo que ahora el matrimonio no puede existir sin ella, aunque ella pueda existir sin él. En todo caso, la concupiscencia vergonzosa de la carne existe sin matrimonio cuando hace cometer adulterios y toda

clase de estupro e inmundicias, bien contrarios a la castidad del matrimonio; o cuando no hace cometer nada de esto porque el hombre no lo consiente en modo alguno; y, no obstante, surge, es excitada y excita, y a veces llega en sueños hasta la misma semejanza de su realidad y hasta las últimas consecuencias de su excitación. Todo este mal no es un mal del matrimonio ni está en el mismo matrimonio, pero lo lleva consigo preparado en este cuerpo de muerte, aunque no quiera aquello sin lo cual no puede cumplir lo que desea.

Por consiguiente, no proviene de la institución del matrimonio, que es bendita, sino de aquello que *por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y la muerte se propagó a todos los hombres, por quien todos pecaron*⁷⁷.

Respuesta a la comparación del árbol y sus frutos

43. ¿Qué quiere decir con *el árbol se conoce por sus frutos*, porque leemos que esto lo dijo el Señor en el Evangelio? ¿Es que el Señor habla allí de esta cuestión? ¿O más bien de la doble voluntad de los hombres, la buena y la mala, cuando llama a la una árbol bueno y a la otra árbol malo, porque de la voluntad buena nacen las obras buenas, y las obras malas de la mala, siendo imposible las obras buenas de la voluntad mala, y las obras malas de la voluntad buena?

Si, pues, aceptamos que el matrimonio es como el árbol bueno según esta comparación evangélica que él ha recordado, ciertamente tenemos que aceptar, por el contrario, que la fornicación es el árbol malo. Por lo cual, si el hombre se llama fruto del matrimonio, como el fruto bueno del árbol bueno está fuera de duda que el hombre no debió nacer de la fornicación, puesto que un árbol malo no da frutos buenos⁷⁸. Por otra parte, si hubiera dicho que allí no había que poner al adulterio en el lugar del árbol, sino, más bien, a la naturaleza humana de la cual nace el hombre, entonces tampoco en este caso el árbol será el matrimonio, sino la naturaleza humana, de la cual nace el hombre.

En conclusión: la famosa comparación evangélica no vale para esta cuestión, porque el matrimonio no es la causa del pecado, que contrae todo el que nace y que es expiado en el que renace; sino que el pecado voluntario del primer hombre es la causa del pecado original. "Insistes -dice- en que como el pecado que los niños contraen de esta unión o de la otra es obra del diablo, del mismo modo el hombre nacido de aquí o de allí es obra de Dios". Yo he dicho esto, y lo he dicho con toda verdad. Y si él no fuese pelagiano, sino católico, él mismo tampoco diría otra cosa en la Iglesia católica.

Sentido y alcance de la objeción

XXVII. 44. ¿Qué es, pues, lo que pretende al decir: "¿Por qué causa se encuentra el pecado en el ni-o? ¿Es por su voluntad, por el matrimonio, o por sus padres?" Así se expresa en efecto, y como que responde a todo, y, en

cierto modo, limpiándolo todo junto del pecado, no quiere que permanezca nada por lo que se pueda adquirir el pecado en el ni-o.

Atiende, finalmente, ya a sus mismas palabras: "¿Por qué causa se encuentra el pecado en el niño? ¿Es por su voluntad? Nunca la hubo en él. ¿Es por el matrimonio? Pero éste es obra de sus padres, los cuales, según has admitido antes, no pecaron en este acto, sino que tú no habías concedido esto con sinceridad, mientras más se hace patente por las consecuencias. ¿Hay que maldecir al matrimonio porque ha causado el mal? Con todo, el matrimonio sólo indica la obra de las personas. Los progenitores, que por su cópula causaron el pecado, son, con razón, culpables. Luego sentencia: no puede dudarse, si seguimos tu opinión, de que son condenados al suplicio eterno los cónyuges, por cuyo medio el diablo ha llegado a dominar sobre los hombres. Y ¿dónde está lo que poco antes has dicho: que el hombre es obra de Dios? Porque, si el mal está en los hombres en su origen, y el dominio del diablo sobre ellos viene por el mal, tú estás afirmando que el diablo es el autor de los hombres, pues de él proceden los recién nacidos pero, si crees que Dios hace al hombre y que los cónyuges son inocentes, ¡fíjate bien que no puede compaginarse con que el pecado original provenga de ellos!

La respuesta de San Agustín según el Apóstol en Rm 5, 12 y su CONTEXTO 13-19

45. A todo esto le responde el Apóstol que ni culpa la voluntad del párvulo, porque aún no la hay propia en él para pecar, ni al matrimonio en cuanto tal matrimonio, porque tiene de Dios no solamente la institución, sino también su bendición; ni a los progenitores, en cuanto que son progenitores casados el uno con el otro para procrear lícita y legítimamente; sino que dice: *Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así se propagó a todos los hombres, por quien todos pecaron*⁷⁹. Si éstos lo entendiesen bien con oídos y mentalidad católicos, no tendrían sus mentes rebeldes contra la fe y la gracia de Cristo, ni tratarían en vano de acomodar a su herética manera de pensar estas palabras del Apóstol, tan claras y tan evidentes. Ellos pretenden que esto lo dijo porque había cometido Adán el primer pecado, y en él, encuentra el primer ejemplo todo el que en lo sucesivo ha querido pecar, de forma que el pecado se transmitiese a todos los hombres no precisamente por generación a partir de aquel único hombre, sino por la imitación de aquel solo pecado. En realidad, si el Apóstol hubiese querido dar a entender aquí la imitación, no hubiese dicho que por *un solo hombre* entró el pecado en este mundo, sino, más bien, por el diablo, y que luego se propagó a todos los hombres. En efecto, está escrito del diablo: *Y le imitan los que le pertenecen*⁸⁰. Sino que por esto dijo: *Por un solo hombre*, de quien comenzó ciertamente la generación de los hombres, para dar a entender que, por la generación, el pecado se ha propagado a todos.

El texto de San Pablo en el capítulo 5, 12-20 a los Romanos

46. ¿Qué otra cosa significan también las palabras que siguen del Apóstol? Porque después de haber dicho esto añadió: *Porque antes de la ley había ya pecado en el mundo*⁸¹, es decir, que la ley no pudo quitar el pecado. *Pero el pecado* -prosigue- *no era imputado cuando no existía la ley*. Existía, pues, pero no era imputado, porque no estaba claro qué debería imputarse. Así, efectivamente, lo dice en otra parte: *Por la ley viene el conocimiento del pecado, pero la muerte reinó desde Adán hasta Moisés* -que es lo que había dicho antes: *hasta la ley*-; no que el pecado hubiese desaparecido desde Moisés en adelante, sino que ni la misma ley, dada por medio de Moisés, pudo suprimir el reino de la muerte, que ciertamente no reina sino por el pecado. En lo sucesivo, su reino consiste en precipitar al hombre, mortal también, a la muerte segunda, que es sempiterna. *Pero la muerte reinó*. ¿En quiénes? *También en éstos* -dice-, *que no habían pecado a semejanza de la transgresión de Adán, que es la figura del que había de venir*⁸². ¿De quién había de venir sino de Cristo? ¿Y cuál es la figura sino la antítesis? Que es lo que en otro lugar dice brevemente: *Como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados*⁸³; como en aquél aquello, así en éste esto. La figura es la misma, pero esta figura no es del todo conforme. De aquí que el Apóstol a continuación ha añadido: *Mas no sucedió en el perdón como en el pecado; pues si por el pecado de uno solo han muerto muchos, mucho más la gracia de Dios y el don, por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, ha abundado en beneficio de muchos*⁸⁴. ¿Qué es mucho más ha abundado sino porque todos, los librados por medio de Cristo, mueren temporalmente a causa de Adán, y a causa del mismo Cristo han de vivir sin fin? *Y no es el don* -dice- *como (la transgresión) de un solo hombre pecador. Pues el juicio (proveniente) de uno solo (llevó) a la condenación; mas la gracia, después de muchas transgresiones, (acabó) en justificación*⁸⁵. *Por uno solo*, ¿qué significa sino un solo pecado? Porque continúa: *pero la gracia, después de muchas transgresiones*. ¡Que expliquen éstos cómo, por un solo pecado, el juicio llevó a la condenación, sino porque fue suficiente para condenar un solo pecado original, que se ha transmitido a todos los hombres! Por eso ciertamente, la gracia, después de muchos pecados, acabó en justificación, porque no solamente pagó aquel único pecado contraído originalmente, sino también los demás que cada hombre añade por el ejercicio de su propia voluntad. *Porque si por el pecado de un solo hombre comenzó el reinado de la muerte, ¡cuánto más ahora, por un solo hombre, Jesucristo, vivirán y reinarán todos los que han recibido un derroche de gracia y el don de la salvación! Por tanto, si el pecado de uno trajo la condena a todos, también la justicia de uno traerá la salvación y la vida*⁸⁶. ¡Que todavía permanezcan en sus fatuas ideas y que digan que un solo hombre no ha transmitido la herencia del pecado, sino que ha dado el ejemplo del pecado! ¿Cómo, pues, *por el pecado de un solo hombre* (llegó) *a todos los hombres la condenación*, y no más bien por los muchos pecados propios de cada uno, sino porque aunque aquel pecado sea uno solamente,

es muy capaz de llevar a la condenación aun sin todos los demás juntos, como sucede con los niños que mueren, nacidos de Adán, si no han renacido en Cristo?

¿Por qué. pues, este pobre me exige lo que no quiere o, del Apóstol, a saber, "por qué causa el pecado está en el niño: si es por su voluntad, o por el matrimonio, o por sus progenitores?"

¡Que escuche por qué causa! Que escuche y calle por qué el pecado está en el párvulo: *Por el pecado de un solo hombre* -dice el Apóstol- (llegó) a todos los hombre la condenación. Pues dijo que todos van a la condenación por Adán y todos van a la justificación por Cristo, aunque ciertamente Cristo no lleva a la vida a todos los que mueren en Adán. Pero ha dicho *todos* y otra vez *todos* porque como sin Adán ninguno va a la muerte, así sin Cristo ninguno va a la vida. Lo mismo que decimos de un maestro de escuela, si está él solo en una población: "Este maestro enseña aquí las letras a todos", no porque todos las aprendan, sino porque nadie las aprende más que por medio de él.

Y, finalmente, a los que había dicho *todos*, después ha llamado *muchos*, dando a entender, sin embargo, que son los mismos en *todos* que en *muchos*. Dice: *Como, por la desobediencia de un solo hombre, todos se convirtieron en pecadores, así, por la obediencia de uno solo, muchos se convertirán en justos* ⁸⁷.

La transmisión del pecado original

47. Todavía indaga por qué causa está el pecado en el recién nacido. Que le respondan las páginas santas: *Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así se propagó a todos los hombres, por quien todos pecaron... Por el pecado de un solo hombre, muchos han muerto. El juicio (proveniente) de uno solo (llevó) a la condenación. Por el pecado de uno comenzó el reinado de la muerte por uno solo. Por el pecado de uno solo (llevó) a todos los hombres a la condenación. Por la desobediencia de uno solo, muchos se convirtieron en pecadores* ⁸⁸. ¡Mira por qué causa el pecado está en el párvulo! ¡Que crea de una vez en el pecado original! ¡Que deje a los párvulos ir a Cristo para que se salven!

Explicación del texto del Apóstol

XXVIII. ¿Qué es lo que quiere decir: "No peca este que nace; no peca aquel que ha engendrado; no peca este que ha creado? ¿Por qué grietas, entre tantas defensas de inocencia, te imaginas que ha entrado el pecado?"

¿Para qué busca una grieta oculta, teniendo un portón tan abierto? *Por un solo hombre*, dice el Apóstol; *por el pecado de uno solo*, dice el Apóstol; *por la desobediencia de un solo hombre*, dice el Apóstol. ¿Para qué busca más? ¿Para qué mayor apertura? ¿Para qué tanto insistir?

Origen del mal y del pecado

48. "Si el pecado -dice- procede de la voluntad, la voluntad es mala, porque produce el pecado. Si procede de la naturaleza, es que la naturaleza es mala". Respondo rápidamente: El pecado procede de la voluntad. ¿Pregunta, tal vez, si también el pecado original? Respondo: Totalmente, también el pecado original, porque también éste fue sembrado por la voluntad del primer hombre, de modo que a la vez, por un lado, estuviese en él y, por otro, se transmitiese a todos. Pero porque a continuación ha añadido: "Si procede de la naturaleza, es que la naturaleza es mala", le pido que, si puede, me responda; del mismo modo que está claro que por una voluntad mala son hechas todas las obras malas, como de un árbol malo proceden sus frutos, así que explique de dónde se ha originado la misma voluntad mala, es decir el mismo árbol malo de los frutos malos.

Si procede de un ángel, ¿qué era el mismo ángel sino una obra buena de Dios? Si del hombre, ¿qué era el propio hombre sino una obra buena de Dios? Más aún, porque la voluntad mala del ángel se ha originado del ángel, y del hombre la que tiene el hombre, ¿qué eran estas dos antes de que naciesen en ellas estos males sino una obra buena de Dios y naturaleza buena y digna de alabanza? ¡Mira, pues, cómo el mal nace del bien, ni ha existido absolutamente nada de donde podría nacer sino del bien!

Yo digo que el origen es la misma voluntad mala, no precedida de ningún mal. Y no han sido las obras malas, que no proceden sino de la voluntad mala, como de un árbol malo. Sin embargo, la mala voluntad ha podido originarse de un bien no precisamente porque este bien ha sido creado por Dios, que es bueno, sino porque ha sido hecho de la nada, no de Dios.

¿Qué significa entonces lo que dice: "Si la naturaleza es obra de Dios, no es posible permitir que la obra del diablo se transmita por una obra de Dios?" ¿Es que la obra del diablo no nació, acaso, en una obra de Dios, cuando nació como primicia en el ángel, que se hizo diablo? Si el mal, que ciertamente no existía en parte alguna, pudo nacer en una obra de Dios, ¿por qué el mal, ya existente en alguna parte, no pudo propagarse por una obra de Dios, sobre todo cuando el Apóstol se sirve de esta misma palabra al decir: *Y así se propagó a todos los hombres?*⁸⁹ ¿Es que los hombres no son obra de Dios? Luego el pecado se propagó por los hombres, esto es, la obra del diablo por la obra de Dios. Y para decirlo de otro modo: porque la obra del diablo, es decir, el pecado, originado por medio del mismo diablo, que es hechura y obra de Dios, se propagó por medio de otra obra de Dios, esto es, por el hombre. La obra de una obra de Dios por medio de otra obra de Dios.

En consecuencia, Dios es el solo inmutable y de bondad omnipotente, el cual, aun antes de que existiese mal alguno, hizo todas las obras buenas y saca siempre el bien aun de las obras malas, que se han producido en las obras buenas hechas por él.

Conocimiento del Apóstol sobre el pecado original

XXIX. 49. Sigue: "En un hombre con razón es vituperada la intención y alabado su origen, porque son dos cosas que se contraponen. Pero en el párvulo es una sola cosa, la naturaleza únicamente, porque no hay voluntad. Es decir, que esta única cosa habrá que atribuirle o a Dios o al demonio. Si la naturaleza existe por Dios, no puede existir en ella el mal original; si procede del diablo, no podrá haber nada en el hombre que sea obra de Dios. Así, pues, el que defiende el mal original es un perfecto maniqueo".

Todo lo contrario. ¡Que escuche mejor lo que es verdadero! En un hombre con razón es vituperada la intención y alabada la naturaleza, porque son dos cosas las que se contraponen. Pero en el párvulo tampoco hay una cosa solamente, esto es, la naturaleza, en la cual el Dios bueno creó al hombre; porque tiene, además, el vicio, que por uno solo se propagó a todos los hombres, como lo entiende el Apóstol; no como lo desfigura Pelagio, o Celestio, o cualquiera de sus discípulos. Por lo tanto, una de estas dos cosas que he dicho que están en el párvulo se atribuye a Dios, la otra al diablo. Y el que ambas cosas, por causa de una de las dos, es decir, por causa del vicio, estén sometidas al dominio del diablo, no es un inconveniente, porque no sucede por la potestad del diablo, sino de Dios; el vicio, en efecto, está sometido al vicio, y la naturaleza a la naturaleza. Porque también en el diablo están las dos cosas, para que, cuando los amados y elegidos *sean sacados del dominio de las tinieblas*, al que con toda razón están sometidos aparezca claramente qué es lo que se da a los buenos justificados por Dios, que saca bien de los bienes en los mismos males.

Prueba del origen del pecado original: el bien creado

50. En cambio, lo que a nuestro adversario le ha parecido casi una expresión religiosa: "Si la naturaleza es de Dios, no puede existir en ella el mal original", ¿acaso a otro no le puede parecer más religiosa aún la expresión: "Si la naturaleza es de Dios, no puede en ella producirse mal alguno?" Y, sin embargo, es falso, porque esto es lo que quisieron afirmar los maniqueos; y se empeñaron en que no era una criatura de Dios hecha de la nada, sino en llenar de todos los males la misma naturaleza de Dios.

Porque el mal no se produjo sino en el bien ciertamente no en el bien sumo e inmutable, cual es la naturaleza de Dios sino en el bien hecho de la nada por la sabiduría de Dios. Es por esto por lo que el hombre es una obra de Dios, porque no existiría el hombre si no fuese creado por la obra de Dios. Como tampoco existiría el mal en los párvulos si la voluntad del primer hombre no hubiese pecado y propagado el pecado original a partir de este origen viciado.

a) Prueba por los testimonios de la Escritura

Luego no es como éste dice: que "es perfectamente un maniqueo el que defiende el pecado original", sino que es perfectamente un pelagiano el que no cree en el mal original. Porque no fue desde que comenzó a existir la doctrina pestilente de Manés cuando los párvulos bautizados en la Iglesia de

Dios comenzaron a recibir los exorcismos y la insuflación para demostrar con estos misterios que no son trasladados al reino de Cristo, sino los sacados del dominio de las tinieblas⁹⁰. O que en los libros de Manés se lee que *el hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido*⁹¹; o que *por un solo hombre entró el pecado en este mundo*⁹², y lo que sigue perteneciente a la misma sentencia que he recordado arriba; o que *Dios castiga el pecado de los padres en los hijos*⁹³; o lo que está escrito en el salmo: *Yo en maldades fui concebido y en pecados mi madre me alimentó en su seno*⁹⁴; o *El hombre es semejante a la vanidad, sus días pasan como una sombra*⁹⁵; o: *He aquí que han envejecido mis días, y mi existencia es como la nada delante de ti; pero, sin embargo, todo hombre viviente es vanidad total*⁹⁶; o lo que dice el Apóstol: *Toda criatura está sujeta a la vanidad*⁹⁷; o en el libro del Eclesiastés: *Vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Qué saca el hombre de todas las fatigas que lo fatigan bajo el sol?*⁹⁸; o en el libro del Eclesiástico: *Un pesado yugo oprime a los hijos de Adán desde el día en que salen del seno de su madre hasta el día en que vuelven a la tierra madre de todos*⁹⁹; o lo que dice el Apóstol: *Todos mueren en Adán*¹⁰⁰, o lo que dice el santo Job cuando habla de sus pecados: *El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de inquietudes, se marchita como flor de heno, huye como sombra, sin pararse; ¿y sobre un tal tienes cuidado y le citas a juicio contigo? ¿Quién podrá sacar pureza de lo impuro? Nadie. Aunque su vida fuese de un solo día sobre la tierra*¹⁰¹. Efectivamente, la misma lectura, donde aparece con claridad de qué habla, ha llamado impurezas, porque quiso dar a entender los pecados. Lo mismo es aquello del profeta Zacarías cuando se le quita al sacerdote el vestido sucio y se le dice: *Mira, he quitado de ti tus pecados*¹⁰².

Yo creo que todos estos testimonios y otros semejantes, que están indicando que todo hombre nace bajo el dominio del pecado y de la maldición, no son leídos en medio de las tinieblas de los maniqueos, sino en la luz de los católicos.

b) Prueba por los testimonios de la tradición

51. ¡Y qué diré de los mismos comentaristas de las divinas Escrituras que han florecido en la Iglesia católica? ¿Cómo no se han empeñado en destruir estos testimonios con interpretaciones distintas sino porque estaban firmes en la fe antiquísima y solidísima, sin dejarse arrastrar por las novedades del error? Si quisiera reunir y utilizar todos sus testimonios, por una parte sería demasiado prolijo y, por otra, me parece que quizás me habría apoyado menos de lo que debía en la autoridad de los libros canónicos, de los cuales no nos debemos apartar.

Sin embargo, para no hablar del beatísimo Ambrosio, a quien Pelagio, como ya he recordado, ha rendido un gran testimonio de integridad en la fe:

Ambrosio no defendió otra cosa en los párvulos necesitados de Cristo como médico sino el pecado original. ¿Acaso dirá alguno que también Cipriano, digno de una corona de gloria, fue íntegramente o quizás hasta hubiera podido ser algo maniqueo? Sabemos que sufrió martirio antes que esta peste hiciera su aparición en el mundo romano, y, sin embargo, en su libro *El bautismo de los párvulos* defendió de tal modo el pecado original que llega a decir que conviene bautizar al párvulo aun antes de los ocho días, en caso de necesidad, para que no perezca su alma. Así quiere dar a entender que tanto más fácilmente llega al bien del bautismo cuanto más pronto le son perdonados los pecados, no los propios, sino los ajenos.

¡Que este pobre se atreva a decir que tales autores son maniqueos! Y que salpique con este crimen impío a la tradición antiquísima de la Iglesia, según la cual los párvulos son exorcizados, como he dicho, e insuflados para que, *arrancados del dominio de las tinieblas*, es decir, del diablo y de sus ángeles, *sean trasladados al reino de Cristo!*

En cuanto a mí, ¡estoy más dispuesto a aguantar cualquier maldición y afrenta con estos grandes varones y con la Iglesia de Cristo, firmemente asegurada en la antigüedad de esta fe, que a recibir alabanzas con los pelagianos por la lisonja de cualquier discurso!

La concupiscencia es consecuencia del pecado original

XXX. 52. Dice: "Repites y afirmas que no existiría la concupiscencia si el hombre no hubiese pecado antes, pero el matrimonio existiría aunque ninguno hubiese pecado". Yo no he dicho que no existiría concupiscencia alguna, porque existe también una concupiscencia digna de alabanza, como es la espiritual, por la que apetecemos la sabiduría; sino que he dicho: "Esta concupiscencia vergonzosa no existiría jamás". ¡Que vuelva a leer mis palabras el mismo que las ha citado para que se vea con qué mala fe él las ha recordado! ¡Y que la llame con el nombre que quiera! Yo he dicho que no existiría si el hombre antes no hubiese pecado, aquella concupiscencia de la cual se avergonzaron en el paraíso los que cubrieron sus vergüenzas, y nadie niega que es una consecuencia, porque había precedido un pecado de desobediencia.

Pero, si quiere entender qué experimentaron, considere qué es lo que cubrieron. En realidad, se hicieron ceñidores de hojas de higuera, no vestidos ¹⁰³, porque ceñidores se dice en griego . Pero ¿qué es lo que cubren los *perizómata*? Saben todos que muchos latinos lo traducen por *taparrabos (campestris)*. Y ¿quién ignora qué partes del cuerpo cubren los taparrabos? Porque las cubrían los jóvenes romanos cuando, desnudos, se ejercitaban en el campo de Marte. De ahí ha tomado nombre esta clase de vestido.

Interpretación maliciosa de los herejes

XXXI. 53. Continúa: "El matrimonio, por consiguiente, que, según dices, pudo

existir sin la concupiscencia, sin la excitación de los cuerpos, sin la necesidad de los sexos, tú lo declaras laudable; en cambio, este matrimonio que ahora está en juego lo declaras inventado por el diablo. De este modo el matrimonio que, según tus sueños, pudo ser instituido, lo declaras bueno; pero este del que habla la Escritura divina: *El hombre abandonará a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos en una sola carne*¹⁰⁴, reconoces que es un mal diabólico; que, en definitiva, debe llamarse enfermedad y no matrimonio".

No es extraño que los pelagianos se empeñen en desfigurar mis palabras hacia el significado que ellos quieren, cuando están acostumbrados a hacer lo mismo aun con las Escrituras santas, según suelen hacerlo los demás herejes, y no en algún pasaje oscuro, sino precisamente cuando los testimonios son claros y evidentes.

En efecto: ¿quién iba a afirmar que ha podido existir el matrimonio sin la excitación de los cuerpos ni la necesidad de los sexos? Realmente, Dios hizo el sexo, porque *los hizo varón y mujer*¹⁰⁵, como está escrito. ¿Cómo entonces iba a poder realizarse que los que tenían que unirse para poder engendrar por la misma unión no excitaran sus cuerpos, puesto que la unión corporal del hombre a su pareja no es posible si falta la excitación del cuerpo? Por lo tanto, la cuestión aquí no es sobre la excitación corporal, sin la cual no podrían unirse en absoluto, sino sobre la excitación vergonzosa de los genitales, que ciertamente no habría existido sin que hubiera faltado la cópula fecunda, si los genitales hubiesen obedecido no a la concupiscencia, sino a la voluntad, como los demás miembros. ¿O es que acaso, aun ahora, no manda la voluntad al pie, al brazo, al dedo, al labio, a la lengua, y al instante obedecen a nuestro antojo? Y lo que es aún más maravilloso: que mande, como guste, a la secreción interna de la vejiga, aunque no haya necesidad de evacuar, y fluya y obedezca. Y, en todo caso, la voluntad manda a las mismas vísceras y nervios ocultos que controlan dicha secreción para que la estimulen, la obliguen y la eyaculen, y, si hay salud, obedecen a la voluntad sin dificultad.

Por consiguiente, ¿con cuánta mayor facilidad y serenidad, obedeciendo las partes genitales del cuerpo, vendría la erección del mismo miembro y sería engendrado el hombre, si a aquellos desobedientes no les hubiese sido dado, en justo castigo, la desobediencia de estos mismos miembros? Castigo que sienten los castos, que, sin duda alguna, preferirían, si pudiesen, engendrar los hijos a las órdenes de su voluntad antes que con la comezón lasciva del placer. Por el contrario, los impuros, que, a causa de esta enfermedad, codician lujuriosamente no sólo a las meretrices, sino incluso a sus propias esposas, se regodean desenfrenadamente de este suplicio de la carne con otro suplicio mucho más grave de la mente.

Bondad del ÚNICO matrimonio instituido por Dios

XXXII. 54. ¡Lejos, pues, de mí el lenguaje, que éste pretende atribuirme de

que "el matrimonio actual ha sido inventado por el diablo!" Es del todo el mismo matrimonio que Dios instituyó desde el principio. Porque este bien suyo, instituido para la generación de los hombres, no se lo ha quitado ni a los hombres condenados, a quienes no ha quitado tampoco la sensación de la carne, ni sus miembros, que son, indudablemente, dones suyos, aunque condenados a muerte por una condenación bien merecida. Repito que éste es el matrimonio del que se ha dicho -exceptuado el gran sacramento de Cristo y de la Iglesia aquí simbolizado ¹⁰⁶-: *Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne* ¹⁰⁷.

Efectivamente, esto fue pronunciado antes del pecado, y, si nadie hubiese pecado, habría podido realizarse sin la concupiscencia vergonzosa. Y ahora, aunque no se realice sin ella en este cuerpo de muerte, sin embargo, no deja de realizarse el que el hombre se una a su mujer y sean los dos una sola carne. Por lo cual, aunque se dice que una cosa es el matrimonio de ahora y otra el que hubiera podido existir si nadie hubiese pecado, se dice esto no según su naturaleza, sino según una cierta disposición degradada. Así como se dice que es otro hombre aunque sea el mismo, cuando ha cambiado de vida para mejor o para peor -realmente, una cosa es el justo y otra el pecador, aunque sea el mismo hombre personalmente-, del mismo modo, una cosa es el matrimonio sin concupiscencia vergonzosa y otra con ella; y, sin embargo, en su constitución, que une legítimamente a la mujer con su marido, y guarda la fidelidad del débito carnal inmune del pecado de adulterio, y realiza de manera legítima la generación de los hijos, es idénticamente el mismo matrimonio que Dios instituyó; aun cuando el diablo haya herido con la persuasión antigua del pecado no al matrimonio, sino a los hombres, que hacen el matrimonio, persuadiéndoles al pecado de desobediencia, al cual, por justo juicio de Dios, le fue devuelto en reciprocidad la desobediencia de los miembros, en la cual los casados, aunque se avergüencen de su desnudez, sin embargo, no han podido perder por completo la bondad del matrimonio instituido por Dios.

Interpretación del pecado original en los párvulos

XXXIII. 55. Y aquí nuestro interlocutor pasa de los que se han casado a los que han engendrado, por los cuales disputo tan duramente en esta cuestión contra los nuevos herejes: y, empujado por una oculta inspiración de Dios, afirma algo donde, por propia confesión, resuelve todo este problema. En efecto, queriendo excitar contra m' mayor hostilidad, porque sostengo que los párvulos, aun los de matrimonio legítimo, nacen bajo el dominio del pecado, dice: "Afirmas tú que aquellos que nunca han nacido hubieran podido ser buenos, pero que estos que han llenado el mundo, en favor de los cuales Cristo ha muerto, son obra del diablo, nacidos de la enfermedad y culpables desde un principio. Por consiguiente -continúa- queda probado que no pretendes otra cosa que negar que Dios es el creador de los hombres".

En realidad, yo no digo sino que el creador de todos estos hombres, aunque todos nazcan bajo el dominio del pecado y perezcan si no renacen, no es otro que Dios. Por supuesto que por la persuasión del diablo fue sembrada la corrupción, por la cual los hombres nacen bajo el dominio del pecado, pero no por la naturaleza creada por la que son hombres. En cambio, que la concupiscencia vergonzosa no excite los miembros sino cuando queremos, ¡tampoco es enfermedad! Que la cópula lícita y honesta de los cónyuges, ¡tampoco se avergüence de ella al evitar toda mirada y buscar el secreto, tampoco es enfermedad! Que el Apóstol no prohíba poseer las propias esposas con esta morbosidad, ¡tampoco es enfermedad! Porque lo que el texto griego trae: algunos lo han traducido en latín por *in morbo desiderii*: con deseo morboso; otros, en cambio, traducen: *in passione concupiscentiae*: con pasión carnal; o de algún otro modo, según los códigos, tanto unos como otros. En latín, la palabra *passio*, sobre todo en el uso eclesiástico, no ha solido entenderse en sentido peyorativo.

Puntualización sobre esta cuestión

56. Con todo, fíjate qué ha dicho -cualquiera que sea su opinión sobre la concupiscencia vergonzosa- sobre los párvulos de quienes me ocupo y su necesidad de un salvador para no morir sin salvación. Repito sus mismas palabras. Dice: "Así que tú afirmas que aquellos que nunca han nacido hubieran podido ser buenos; pero que estos pobres que han llenado el mundo y por quienes Cristo ha muerto son obra del diablo, nacidos de la enfermedad y culpables desde su origen". ¡Qué bien si resolviese primero la rivalidad como resuelve la dificultad de la cuestión! ¿Es que será capaz de decir que está hablando ahora de los adultos? Porque se trata de los párvulos, de los recién nacidos. De esto promueve la hostilidad contra mí, porque yo los llamo culpables desde su origen, porque afirmo que son culpables aquellos por quienes ha muerto Cristo. Y ¿por qué ha muerto Cristo por ellos, si no son culpables? ¡En adelante, sí, ya tenemos el motivo para creerse obligado a excitar la animosidad! Él mismo lo declara: "¿Cómo van a ser culpables los párvulos, por quienes ha muerto Cristo?" Le respondo: Al revés, ¿cómo no van a ser culpables los párvulos, cuando Cristo ha muerto por ellos? Esta controversia reclama un juez. ¡Que juzgue Cristo y que nos diga a quién ha aprovechado su muerte como reo! Dice: *Esta es mi sangre, que será derramada por muchos para remisión de los pecados* ¹⁰⁸.

¡Que el Apóstol juzgue al mismo tiempo que él, porque el mismo Cristo en persona habla también en el Apóstol! Grita y dice a propósito de Dios Padre que *no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros* ¹⁰⁹. Yo creo que de tal modo declara aquí que Cristo fue entregado por todos nosotros, que en esta causa los párvulos no deben separarse de nosotros. Pero ¿qué necesidad hay de preocuparse de un punto del cual ya ni este hombre discute, puesto que no solamente confiesa que Cristo murió

también por los párvulos, sino que además me argumenta por esto que yo digo que son culpables los mismos párvulos, por quienes ha muerto Cristo? Por lo tanto, ¡que el Apóstol, que ha dicho que Cristo fue entregado por todos nosotros, diga también por qué Cristo fue entregado por nosotros! Él lo dice: *Fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación!* ¹¹⁰ Por consiguiente, si, como él también confiesa, y reconoce, y afirma, y expone que los párvulos están también entre aquellos por quienes Cristo fue entregado, y Cristo fue entregado por nuestros pecados, es que también los párvulos tienen ciertamente los pecados originales, por los que Cristo fue entregado. Es que se encuentra en ellos lo que hay que sanar, porque, según él, *no tienen necesidad de médicos los sanos, sino los enfermos* ¹¹¹. Es que encuentra el porqué los salva aquel que *vino al mundo*, como dice el apóstol Pablo, *para salvar a los pecadores* ¹¹². Es que encuentra qué perdonar en ellos aquel que afirma que ha derramado su sangre para remisión de los pecados. Es que encuentra la causa por la que los busca el que *ha venido*, como dice, *a buscar y a salvar lo que estaba perdido* ¹¹³. Es que encuentra lo que deshace en ellos el Hijo de Dios, que vino por eso como dice el apóstol Juan, *para deshacer las obras del diablo* ¹¹⁴.

Por consiguiente, todo el que afirma la inocencia de los párvulos de tal modo que niegue que es necesaria la medicina a los enfermos y a los heridos, es enemigo de su salvación.

Última objeción de Juliano

XXXIV. 57. Atención ahora a lo que añade a continuación. Dice: "Si Dios creó, antes del pecado, aquello por lo cual habrían de nacer los hombres, y, en cambio, el diablo aquello por lo cual los progenitores habrían de ser excitados, sin duda que la santidad será atribuida a los que nacen, y la culpa a los que engendran. Te ruego que deseches esta opinión del medio de las Iglesias, porque condena clarísimamente el matrimonio. Y que creas verdaderamente que todo fue hecho por Jesucristo y que sin él no ha sido hecho nada ¹¹⁵".

Así lo afirma, como si yo dijese que en los hombres ha sido creado algo sustancial por medio del diablo. El diablo indujo al mal como pecado, no lo creó como una naturaleza. Es evidente que él persuadió a una naturaleza, porque el hombre es una naturaleza, y por esto la vició con la persuasión. En efecto, el que vulnera los miembros, no los crea, sino que los maltrata. Y las heridas infligidas a los cuerpos hacen cojear y moverse con dificultad a los miembros, no a aquella virtud que hace al hombre justo. Por el contrario, la herida que se llama pecado vulnera a la misma vida por la cual el hombre vivía rectamente. Y esto el diablo lo ha infligido mucho más grave y profundamente que lo son todos estos pecados conocidos de los hombres. De este modo, nuestra naturaleza, cambiada entonces para peor, no solamente se hizo pecadora, sino que también ha engendrado a pecadores.

Y, no obstante, la misma enfermedad que destruyó la fortaleza del vivir bien, no es realmente una naturaleza, sino un vicio. Lo mismo que una mala disposición del cuerpo no es, ciertamente, una sustancia o una naturaleza, sino algo viciado. Y, si bien no siempre, sin embargo, muchas veces las malas disposiciones de los progenitores son transmitidas genéticamente de algún modo y se manifiestan en los cuerpos de los hijos.

Respuesta de san Agustín

58. ¿Pero qué digo? Este pecado, que cambió para peor al mismo hombre en el paraíso, y mucho más gravemente de lo que podemos juzgar, es contraído por todo el que nace y no es perdonado sino en el que renace, de tal modo que aun los padres ya renacidos, en quienes ha sido perdonado y destruido, es transmitido como reato de los hijos que nacen, a no ser que el segundo nacimiento espiritual absuelva también a los mismos que comprometió el primer nacimiento carnal. De esta maravilla, el Creador produjo un ejemplo maravilloso en el olivo y en el acebuche, donde no solamente de la semilla de un acebuche, sino también de la de un olivo, nace el puro acebuche. Y por eso, aunque tanto en los hombres engendrados por la naturaleza como en los regenerados por la gracia, exista esta concupiscencia carnal que repugna a la ley del espíritu; sin embargo, porque ha sido perdonada con el perdón de los pecados, ya no les es imputada como pecado ni les perjudica cosa alguna, a no ser que se consienta en sus inclinaciones hacia las cosas ilícitas. Pero, porque es inseminada no ya por la concupiscencia espiritual, sino por la carnal, como el acebuche de nuestro linaje procede de aquel olivo, así su descendencia arrastra consigo de allí el reato al nacer, de tal modo que no puede ser liberado de aquella peste sino renaciendo.

Por lo tanto, ¿cómo este hombre afirma que atribuyo la santidad a los que nacen, y la culpa a los progenitores, cuando la verdad demuestra, más bien, que, aunque hubiese existido santidad en los progenitores, la culpa está presente en los que nacen y no es borrada sino en los que renacen?

Conclusión

Ironía sobre "la buena concupiscencia" de Juliano

XXXV. 59. As' las cosas, ¡que este pobre, a propósito de esta concupiscencia de la carne y de la libido tiránica para los impúdicos, vencida por los castos, vergonzosa, sin embargo, tanto para castos como para impúdicos, piense lo que quiera, porque, según veo, a él le agrada mucho! ¡Que no dude en alabar a la que se avergüenza de nombrar! ¡Que la llame como ya la ha llamado: vigor de los miembros, sin temer el horror de los oídos piadosos! ¡Que la llame potencia de los miembros, sin que se preocupe de la desvergüenza! ¡Que diga, si no se avergüenza, que en el paraíso, de no haber pecado nadie, hubiera podido estar siempre lozano allí este vigor como una flor, sin que hubiera sido necesario cubrirlo, porque su excitación no llenaría a nadie de confusión, sino que, sin jamás ser reprimida,

llegaría al acto siempre por la disponibilidad de la esposa, sin que a la voluntad se le privase jamás de tanta felicidad!

En efecto, sería absurdo que tal dicha tuviera la posibilidad de no conseguir en aquel lugar lo que quisiera, o sentir en su cuerpo y alma algo que no quisiera. Y, por lo mismo, si la e citación de la libido antecediase a la voluntad de los hombres, seguiría inmediatamente la voluntad; y la esposa, que por esta causa nunca debería estar ausente, bien para concebir, bien ya encinta, se acercaría al punto; y o sería engendrada la prole o satisfecho el placer natural y laudable, y se perdería el esperma del hombre, para que el apetito de tan buena concupiscencia no quedase defraudado!

Únicamente los cónyuges no se atraerían para el uso contra naturaleza, pero cuantas veces les apeteciese usarían de los miembros creados para esto y para la generación.

Sin embargo, ¿y si aquel uso contra la naturaleza tal vez fuese también placentero? ¿Y si aquella libido laudable relinchase buscando este placer? ¿Acaso la seguirían, por ser agradable, o la rechazarían, por ser torpe? Si la seguían, ¿dónde está el pensamiento de cualquier clase de honestidad? Si la resistían, ¿dónde está la paz de tan gran felicidad?

De aquí que, si se avergonzase, tal vez, y dijera que había podido existir en todo esto tanta paz de aquella felicidad y tanto orden que jamás la concupiscencia de la carne pudiese preceder a la voluntad de aquellos hombres, sino que, cuando ellos lo quisiesen, entonces aquélla se excitaba, y ellos lo quisieren cuando fuera necesario para engendrar los hijos, de tal manera que ninguna eyaculación seminal fuese inútil, no se hiciese ninguna cópula a la que no siguiese la concepción y el parto, sirviendo la carne a la menor orden, y la libido a voluntad. Si afirma esto, ¡que reflexione, al menos, que ahora no existe entre los hombres lo que él dice! Y, si no quiere conceder que es un vicio la libido, que admita, por lo menos, que, debido a la desobediencia de aquellos primeros hombres, también la misma concupiscencia de la carne fue viciada, de manera que la que debía ser excitada obediente y ordenadamente, ahora se excita desobediente y desordenadamente, hasta el punto de no obedecer ni a la voluntad siquiera de los mismos casados castos; al contrario, se excita incluso cuando no es necesaria, y, cuando lo es, unas veces más precozmente, otras más frígidamente, sigue las órdenes, pero exterioriza sus propios impulsos. Fue así como aquellos hombres desobedientes cargaron entonces con esta desobediencia, y nos la han transmitido a nosotros por generación. Porque sus movimientos no eran voluntarios, sino en todo caso desordenados, cuando aquellos miembros, antes dignos de gloria, tuvieron que cubrirlos ya dignos de vergüenza.

El Jesús salvador de los párvulos

60. Pero, como ya he dicho, que piense lo que quiera acerca de esta concupiscencia, que la predique como quiera, que la alabe cuanto quiera

-como lo da a entender en tantos lugares y cuanto le agrada-; que la halaguen los pelagianos, si no con sus costumbres, al menos con sus panegíricos, cualesquiera de ellos que por el voto de continencia no gozan de la carne de sus cónyuges. Pero que, al menos, se abstenga de alabar inútilmente a los párvulos y de defenderlos cruelmente. ¡Que no diga que están salvados! ¡Que les permita llegar no hasta su adulator Pelagio, sino hasta Cristo, su salvador!

Finalmente, y para concluir este libro, termina así nuestro adversario el discurso escrito en el papel que me has enviado con las siguientes palabras: "Cree de verdad que todo ha sido hecho por Jesús y que sin él no se ha hecho nada ¹¹⁶". ¡Ojalá él crea que Jesús es Jesús incluso para los párvulos! Y como confiesa que todo ha sido hecho por él, puesto que él es el Verbo Dios, que del mismo modo confiese que también los párvulos son salvados por él, porque él es Jesús, si es que quiere ser cristiano católico.

Así está escrito en el Evangelio: *Y le pondrán por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados* ¹¹⁷. Por esto, pues, se llama Jesús, porque Jesús quiere decir Salvador. *Porque él salvará a su pueblo*, y en su pueblo ciertamente hay también niños; pero *lo salvará de sus pecados*. Luego en los párvulos también hay pecado original, por el que puede ser también su Jesús, es decir, su salvador